

M. C. CUCHARERO

# Benditos diez céntimos





M. C. CUCHARERO

# Benditos diez céntimos



Benditos diez céntimos  
M. C. Cucharero

Título: *Benditos diez céntimos*  
Autora: M. C. Cucharero  
[mccucharero.com](http://mccucharero.com)  
Corrección: Paola C. Álvarez  
[paolacalvarez.com](http://paolacalvarez.com)  
Imagen de portada: Adobe Stock

© 2021, M. C. Cucharero

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Las aguas caudalosas no podrán apagar el amor, ni anegarlo los ríos.  
Quien quisiera comprar el amor con todas las riquezas de su casa, sería  
sumamente despreciable.  
(Ct 8, 7)*

[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Capítulo 14](#)  
[Capítulo 15](#)

# Capítulo 1

En una de las calles más importantes de la ciudad de Bormuja había un edificio de cinco plantas. Junto a la puerta principal, en una placa dorada con un grabado en letras negras, se leía: *Marcos Puertas Cuevas & Lucas de la Blanca Escalera. Abogados. 3º D.*

Los dos jóvenes abogados tenían su propio despacho desde hacía cuatro años. Al entrar, se descubría una sala con sillones, dos mesitas con revistas y periódicos y varios cuadros de arte moderno en las paredes. Dos puertas a la izquierda tenían láminas doradas que anunciaban el nombre del abogado que habitaba en el interior y, enfrente, una tercera correspondía al aseo.

El despacho de Marcos era un poco más grande que el de su compañero, aunque disponían del mismo mobiliario, distribuido a su gusto por cada uno. Lucas había colocado el escritorio para que la luz de la ventana entrase por su derecha, ya que era zurdo. Él era el apasionado del arte moderno y no faltaban cuadros en la habitación.

La ventana daba a la calle principal y desde la mesa veía un ático en el que vivía un matrimonio con su hijo. Casi siempre que pensaba, Lucas miraba a través de los cristales e, inconscientemente, había conocido las idas y venidas de aquella familia. Ahora estaba en venta y sentía curiosidad por saber quiénes lo habitarían.

Aquella mañana, Lucas tenía entre sus manos un caso en el que pretendía sacar impune a un cliente contra todo pronóstico. El tipo se dedicaba a grabar con una cámara desde el balcón de su piso a los transeúntes, especialmente a las mujeres, acercando el zum al máximo hasta sus delanteras o el final de sus espaldas, según el sentido del camino. Además, había comenzado a grabar a una vecina que vivía en el edificio de enfrente. Ella lo había descubierto y denunciado.

—Lo que me molesta son los vecinos que pueden testificar en su contra —manifestó Lucas, arrugando el entrecejo—, aunque no hay ninguna prueba que los apoye.

—Salvo mis vídeos, que se hallan muy bien escondidos. —Su cliente sonrió con malicia—. Sí, es cierto que tengo una cámara de vídeo, pero ¿quién no? Eso no prueba nada.

—Debería destruir esos vídeos.

—Ni hablar.

—Si salen a la luz, estaremos perdidos. ¿Sabe lo que vamos a hacer? Esta tarde va a grabar con disimulo el tejado del bloque en el que vive esa mujer.

—¿Por qué?

—Mire por la ventana un momento. ¿Qué ve?

El hombre miró extrañado al abogado y se rascó la calva, pero obedeció. Luego regresó a su asiento y le preguntó a Lucas qué esperaba que viera.

—¿Qué ha visto? —replicó el abogado, inclinándose hacia adelante.

—La calle, la gente, los otros pisos, un ático en venta... —contó con los dedos.

—¿Algún ser vivo?

—¿Tiene alguna vecina de buen ver?

Lucas negó con la cabeza y pronunció una palabra: *palomas*.

—Esta ciudad está infectada de ellas —continuó— y seguro que en el tejado del edificio frente al que usted vive también hay. —El cliente asintió—. Eso es lo que quiero que grabe esta tarde. Alegaremos que usted grababa a las palomas porque es un apasionado de ellas, de sus plumas, su comportamiento.

—Me tomarán por un lunático. ¿Quién se dedica a grabar pájaros asquerosos?

Lucas chascó la lengua.

—¿Prefiere que lo tomen por perverso?

—Ni hablar.

—No vamos a basarnos en la falta de pruebas concluyentes, sino que usted admitirá que sí ha grabado hacia la calle en ciertas ocasiones. De esa manera, lo visto por los testigos no nos afectará, porque ellos no pueden saber qué es lo que grababa. Demostraremos que su objetivo eran las palomas.

—Pero... pero ellos me vieron grabar hacia la calle.



—Dirá que grababa unos planos generales de la calle, eso no es ilegal, o a las palomas picoteando en el suelo. Lo importante es que quede claro que su interés en el bloque de enfrente eran las palomas, no la vecina.

—Entiendo. —Chasqueó los dedos—. Y como ella vive justo en el último piso, puedo decir que grababa el tejado. Sí, me gusta la idea. Es usted un genio.

—Gracias —sonrió Lucas—. ¿Queda claro nuestro plan?

—Clarísimo. Esta tarde grabaré a las palomas.

—Con total disimulo y sin que nadie lo vea, ¿comprende?

—Sí, sí, lo haré desde dentro. Además, puedo hacerlo en cuanto llegue a casa porque ella no volverá hasta las cinco.

—Estupendo.

\* \* \*

La venta del ático sirvió de entretenimiento al joven abogado durante varias semanas. Veía a los posibles compradores hablar con los dueños en la terraza, incluso se despistaba de vez en cuando y comenzaba a especular en voz alta.

—No le insista. Se les ve en la cara que no les convence. Seguro que no les ha gustado el precio. ¿Cuánto pedirán?

En aquel momento, alguien llamó a la puerta y, sin esperar respuesta, abrió. Era Marcos. Asomó la cabeza sin entrar.

—¿Estabas hablando solo, tío?

—Sí —reconoció, encogiéndose de hombros.

—Vas a acabar loco de tanto trabajar. Me voy, que tengo juicio. No me esperes para comer, he quedado con Noemí.

—Hoy pensaba comerme un bocadillo. Tengo un montón de trabajo y facturación atrasada.

—Que te sea leve, tío.

—Ajústate bien el nudo de la corbata, está flojo.

Con sus delgados dedos, el abogado apretó el nudo.

—¿Ya? —Su compañero asintió—. Recuerda que no todos somos tan meticulosos como tú con la apariencia.

—Por eso tienes clientes —sonrió Lucas—. Yo no contrataría a un abogado con esos pelos de Camilo Sesto que llevas.

—Yo tampoco contrataría a uno tan repinado como tú —rio Marcos.

—Peor para ti, porque este abogado repeinado ha conseguido cuatro sentencias a favor seguidas y está esperando la quinta.

—¿La del caso ese de la demanda a la constructora?

—Sí. Fue pan comido probar que la constructora no había cumplido con lo estipulado en el contrato. Estoy seguro de que ganaremos.

Y, en efecto, así fue.

La victoria siempre subía la autoestima de Lucas. Quiso que el primero en saberlo fuera su compañero, pero tuvo que contener sus ganas porque estaba hablando por teléfono.

Entró en su despacho, se quitó la chaqueta, la dejó en el respaldo de su silla giratoria y se acercó a mirar por la ventana. Lucas desvió los ojos al tránsito de la gente, preguntándose si alguno de aquellos paseantes necesitaría de su ayuda.

—¿Qué querías, tío? —preguntó la voz de Marcos a su espalda.

—He vuelto a ganar. —Lucas se volvió—. Te invito a comer donde elijas.

## Capítulo 2

El día anterior al juicio del cliente que grababa, el coche de Lucas se estropeó y tuvo que dejarlo en el taller. No le apetecía recorrer a pie los tres kilómetros que había desde su despacho hasta los juzgados, ni le agradaba el transporte público, pero optó por coger el autobús.

Estaba en su despacho a punto de salir cuando recibió una llamada de teléfono. Una cantautora había sido demandada por plagiar una canción. Le dio el coste de sus honorarios y concertó una cita con ella.

Al pisar la calle, se encontró con un matrimonio que había quedado con él aquella tarde. Lucas se sorprendió al verlos y les recordó que la cita era a las seis. Sin embargo, preferían reunirse en aquel momento. El abogado tardó más de cinco minutos en convencerlos de que regresaran por la tarde porque no los podía atender, pero lo haría encantado a las seis.

Se dirigió con paso apresurado a la parada más cercana, que estaba a una manzana. Por cuestión de segundos no alcanzó el autobús que iba a los juzgados, así que tuvo que esperar al siguiente. Después de diez minutos, en los que Lucas miró el reloj quince veces, apareció el autobús.

La gente se acercó a la puerta y fue entrando hasta que Lucas, que detestaba las aglomeraciones y no estaba de humor, terminó la cola. El conductor cerró las puertas y puso el vehículo en marcha.

El abogado pidió un billete. Al recoger el cambio, una moneda cayó al suelo y, antes de que pudiera agacharse, se le adelantó una mano que la recogió y se la tendió.

—Se le ha caído —dijo una voz femenina, joven y alegre.

—Ya —contestó él de mala gana, sin mirarla y cogiendo la moneda para guardársela en el bolsillo junto a las demás.

—De nada.

—¿Qué? —Él levantó la vista y la miró por primera vez.

Aquel color de pelo, aquella cara salpicada de pecas y aquellos ojos grandes e indecisos entre el verde y el gris dejaron boquiabierto a Lucas y con el corazón agitado. Todo su cuerpo se estremeció por un segundo.

—Digo que de nada —repitió ella, sujetándose a la barra vertical para mantener el equilibrio—. ¿No me ha dado las gracias?

—No —repuso Lucas—. ¿Para qué voy a darle las gracias?

—Por la moneda.

—Me la ha devuelto porque habría sido demasiado descarado quedarse con ella. —Él se agarró al asidero de un respaldo y le dio la espalda a la chica para mirar al exterior.

—Se la he devuelto porque era suya —replicó la voz femenina.

Él se giró hacia ella.

—Si yo no me hubiera dado cuenta, seguramente, no me habría dicho nada.

—Se equivoca porque sí lo habría hecho.

—¿Y si hubiera sido un billete?

—¿Me toma por ladrona? —Ella enarcó las cejas.

—Está dándole demasiada importancia a algo que no la tiene. Si cree que tengo que limpiarle los zapatos por haberme cogido una moneda, está muy equivocada. Si quiere los diez céntimos, quédese los, pero no me moleste.

La gente que los rodeaba estaba pendiente de lo que decían. Unos sonreían, divertidos, otros resoplaban, molestos, y alguien emitió un comentario sobre la falta de educación.

—¿Le molesta que haya sido amable? —preguntó la chica.

—Amable, amable. Ni que la amabilidad moviera el mundo.

—Que tenga un buen día si su humor se lo permite. —Ella se dirigió hacia el fondo del autobús, que había parado mientras bajaban y subían pasajeros.

El trayecto continuó entre paradas, gente que entraba, que bajaba y murmuraba «abra por favor», «déjeme pasar», «¿va a sentarse?, ya me siento yo». Lucas miró el reloj y resopló. «Vaya viaje más largo. Qué lástima que Marcos no me haya podido dejar su coche. Ya habría llegado. Y para colmo me topo con esa pelirroja. Menudo susto me ha dado. Por un momento me ha parecido Sara. Venga, Lucas, céntrate en el juicio de hoy», pensó.

La chica de la moneda, que había encontrado asiento, se levantó y se puso al lado de la puerta, a menos de un metro de donde él estaba. Se giró para estudiarla con disimulo. Calculó que tendría unos veinticinco años, era una cabeza más baja que él, ni gorda ni flaca, con la cara alargada y el pelo pelirrojo, ondulado y recogido en una coleta, cuyo extremo quedaba entre los omóplatos. Le miró las cejas para comprobar que fueran del mismo color del pelo. Sí, era natural. También tenía pecas en los brazos.

Lucía una pequeña cruz de plata al cuello, vestía una blusa verde de manga corta y unos vaqueros oscuros. Llevaba un bolso negro cruzado en bandolera, a juego con los zapatos.

—Volvemos a vernos —dijo su boca antes de que su mente se diera cuenta.

Ella movió la cabeza para mirarlo y puso los ojos en blanco.

—Me bajo en la siguiente parada, así no lo molestaré con mi amabilidad. Trascurrieron unos segundos de silencio.

—Creo que será mejor que lo olvidemos —comentó ella, girando más el cuerpo para quedar frente a él.

—Le daba usted demasiada importancia a algo que no la tenía.

—No voy a discutirle, pero ¿tanto trabajo le costaba darme las gracias? Porque usted habría hecho lo mismo, ¿verdad?

—No. Si no nos conocemos de nada —él sacudió los hombros—, ¿por qué iba yo a agacharme para hacerle un favor? ¿Qué me llevaría a cambio? No le veo ningún sentido.

—¿Habla en serio? ¿Es que nadie le enseñó...?

De repente, el autobús frenó bruscamente. La joven se soltó de la barra y se precipitó contra el pecho de Lucas. Ella se enderezó con rapidez, sonrojada, porque lo último que esperaba era caer, literalmente, en los brazos de aquel hombre tan necio. Balbuceó una disculpa y se bajó del autobús.

—Hasta otra —respondió él con el deseo de volver a encontrarse con la fotocopia de Sara, porque sabía que la original estaba demasiado lejos.

\* \* \*

Una vez concluido el juicio de aquel día, una voz lo detuvo en la puerta de los juzgados. Lucas se encontró al abogado de la mujer que había puesto

la denuncia. Lo conocía de vista. Era más bajo que él, tenía el pelo gris y usaba gafas que le agrandaban los ojos. Se llamaba Tito Chico Grueso.

—Señor de la Blanca, no le robaré mucho tiempo. Me ha llamado la atención su estrategia. ¿Cómo se le ha ocurrido inventar semejante estupidez y decir que su cliente se dedicaba a hacer documentales de palomas?

—Mire, no voy a decirle que siento que el juez pareciera estar de nuestra parte porque le mentiría, pero tiene que aceptar...

—¿Ahora tiene reparos en mentir? ¡Qué ironía!

—No tengo tiempo para perderlo con usted.

—Escuche, joven. Llevo muchos años en el mundo de la abogacía y, si hay algo que siempre me ha indignado, es que se tergiversen los hechos.

—¡Anda, el santo de los abogados! —se burló él—. ¿Qué pruebas tiene contra los documentales de mi cliente? Ah, ninguna. Buenos días.

El buen humor con el que había salido de los juzgados se lo había llevado aquel abogado y, para colmo, tenía que regresar en autobús. Estaba convencido de que ganaría aquel caso. Últimamente, estaba en racha. Había logrado nueve sentencias a favor consecutivas, superando su propio récord y el de Marcos.

Los dos se conocieron en la universidad y se convirtieron en buenos amigos. Además, eran de la misma ciudad, Bormuja. Decidieron montar un despacho propio poco después de acabar la carrera.

Esta vez el autobús tardó menos en llegar. Lo agradeció porque el calor comenzaba a ser tan molesto que se quitó la chaqueta. Lucas pagó y, al ver que el vehículo iba menos concurrido, se sentó junto a la ventanilla. Se distraía mirando hacia la calle cuando percibió a alguien a su lado.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó.

—¿Qué? —La chica que se había sentado a su lado iba distraída, guardando el monedero en el bolso y no se dio cuenta de dónde se sentaba.

—¿Otra vez usted?

—Eso mismo debería decir yo. Ni me había dado cuenta.

—Sí, disimule ahora. ¿Quiere ligar conmigo o qué?

—¡Qué engreído! —Ella puso los ojos en blanco.

—Por cierto, antes he evitado que besara el suelo y no me ha dado las gracias.

—¿Cómo? Le recojo su moneda y eso no tiene importancia ninguna, pero que su cuerpo haya evitado mi caída, ¿eso sí hay que reconocerlo?



¿Quiere que hable con el alcalde para que le hagan una estatua en la Plaza Mayor?

—Sería una buena idea —sonrió él—. De bronce a ser posible.

—¿No la prefiere de oro? Es más brillante.

—Y tentadora. Podrían robarla y no me gustaría terminar en el salón de un ricachón.

Ella se echó a reír.

En aquel momento, Lucas se dio cuenta de que tenía una risa encantadora, más incluso que la de la propia Sara. Quedaron en silencio, pero deseaba que siguieran hablando. Abrió la boca. El móvil de ella empezó a sonar. Lo sacó del bolso y descolgó:

—¿Sí? Dime. Estoy en el autobús. Sí. ¿Treinta? Yo creo que es mejor encargar cincuenta. No, no. Ya sé que no especificaron número, pero es preferible que sobre. ¿Mejor cuarenta? De acuerdo, ni para ti ni para mí. Ahora me paso y los encargo. Sí, para el sábado, lo sé. ¿Qué? Bien, como siempre. ¿Por qué no vienes conmigo un día de estos? Hace mucho que no la ves. ¿El qué? Yo puedo encargarme de eso, no todos hicimos el curso de interiorismo, pero tengo buen gusto y... ¿Que bastante tiene con que yo vaya? ¡También es tu madre! ¿Te da pena? Ya he oído eso demasiadas veces y me suena a excusa. Sí, lo que tú digas, no voy a discutir contigo. En tu conciencia queda. No, no es ninguna amenaza. Sí. Que sí. Cuarenta. De acuerdo. Hasta luego.

Ella colgó y emitió un suspiro. Lucas lo había oído todo y no dejó escapar la oportunidad de volver a hablarle. Le preguntó si todo iba bien. Ella asintió.

—¿Seguro? —insistió él.

—Es mi hermana, que algunas veces me saca de quicio.

—Yo llevo cuatro años sin ver a mi hermano, así que no tengo ese problema.

—¿Cuatro años? ¿Y sin ningún contacto?

—Nos llamamos o nos enviamos correos electrónicos. Se casó con una australiana y vive en el otro lado del mundo. Se dedica a la cría de koalas, pero le va bastante mal porque esa carne no termina de entrar en el mercado. Una vez por Navidad me envió una caja con dos kilos de filetes y entendí por qué no comercializan bien. Intenté probarlos con salsas y condimentos —sacudió la cabeza—, pero no había manera de comerse aquello. Lamentablemente, acabaron en la basura.

—¿Llegarían en mal estado?

—No lo sé.

—¿Filetes de koala? Nunca había oído eso. ¿No es una especie protegida?

—Según la zona. Le he aconsejado que mejor se dedique al langostino tigre australiano que tiene más salida, pero no me hace caso. Como es el mayor...

—A mí me sucede lo mismo con mi hermana. Ella es la mayor y cree que por eso tiene que controlarlo todo. —Se encogió de hombros—. Tal vez sea algo genético en los primogénitos. —Esbozó una leve sonrisa y miró al frente.

Por miedo a que la conversación hubiera llegado a su fin, Lucas le preguntó si tenía más hermanos. Ella lo miró y negó.

—Ya tenemos dos cosas en común. —Él sonrió, aunque desconocía por qué era relevante que coincidieran en algo.

—Hasta setecientas cincuenta y cuatro queda bastante —replicó ella, alzando una ceja.

—Setecientas cincuenta y dos para ser exactos.

—Es usted increíble. —Sacudió la coleta, después pulsó el botón para solicitar parada—. Bueno, me bajo en la siguiente.

—¿Tan pronto?

—Sí, voy a encargar cuarenta claveles rojos.

—¿Para qué?

—Por trabajo. Hasta luego.

Ella se levantó, se acercó hasta la puerta y un minuto después había bajado del autobús. Lucas estuvo pensando en ella y en Sara hasta que llegó al despacho.

\* \* \*

Su coche ya estaba arreglado, pero quería volver a ver a la joven pelirroja, de modo que, la siguiente vez que tuvo que ir a los juzgados, escogió el transporte público.

Se dirigió a la parada, esperó durante siete minutos la llegada del autobús, se montó, pagó, se adentró en la masa humana esperando verla y, en efecto, la encontró. Estaba de pie, junto a la puerta, aferrada a la barra y mirando hacia la calle.

Él la contempló con la seguridad de que ella ignoraba que la observaba. Aquel día había optado por recogerse el pelo con unas horquillas doradas y llevaba un vestido de verano con estampados blancos y azules. Se preguntó si sería prudente acercarse y hablarle, pero prefirió no hacerlo.

Ella se apeó en la misma parada que la vez anterior y ayudó a una mujer mayor con una muleta a bajar del autobús. Le encantó verla sonreír y lamentó no ser el receptor de su sonrisa. Sin duda, era la amabilidad personificada.

Aquella mañana tuvo una audiencia previa en la que se negó a alcanzar un acuerdo. Poco después, le notificaron la sentencia a favor del vecino que grababa. Salió tarareando de los juzgados y conteniendo las ganas de ir dando saltos de alegría. Por la noche celebraría con sus amigos su nuevo triunfo, pero esperaba encontrarse con la chica de la moneda en el trayecto de regreso. Sin embargo, eso no sucedió y se sintió desanimado.

La prensa local comenzó a hablar por primera vez directamente de él, ya que otras veces solo lo habían nombrado como el abogado que había intervenido en determinado caso de importancia. Su teléfono sonaba más a menudo que antes y se permitió subir los honorarios.

Para las próximas idas y venidas a los juzgados, eligió el coche. Menos agobiante, pero sin chica pelirroja. De vez en cuando, se descubría mirando por la ventana, pensando en ella en lugar de estar centrado en el trabajo.

Una mañana, que no había quedado con nadie y tampoco tenía que ir a los juzgados, decidió subirse en el autobús para volver a encontrarla.

Fue a la parada a la hora en la que lo había hecho las veces anteriores y esperó entusiasmado mientras se preguntaba qué estaba haciendo. Ella estaba sentada en la tercera fila de asientos, mirando por la ventanilla.

Después de cuatro paradas, Lucas consiguió un sitio desde donde podía observarla sin parecer descarado. De repente, se acordó del vecino de la cámara al que había defendido y le preocupó que le hubiera contagiado algo. Aquello era una locura. Si se lo contaba a Marcos, estaba seguro de que se reiría a carcajadas. En realidad, no se lo había dicho a nadie. ¿Qué les iba a decir? ¿Que había conocido a una chica que le había dado una razón para utilizar el transporte público?

Pensaba en aquello cuando sus ojos y los de ella se encontraron. Sintió un vuelco en el estómago y desvió la mirada rápidamente, ella hizo lo mismo. Cuando la volvió a mirar, prestaba de nuevo atención a la calle.

El autobús se fue vaciando. Lucas se agarró a la barra que había más próxima a la puerta, pero esta vez ella no se levantó hasta que el autobús abrió las puertas en su parada. Pasó junto a él y se limitó a saludarlo con un leve movimiento de cabeza. Él quiso decirle algo, pero cuando abrió la boca, ella ya estaba en la acera.

Avanzó y se sentó en el asiento que ella había dejado libre. Aún estaba caliente. «Venga, Lucas, deja de hacer el tonto. Que esa chica se parezca a Sara te está volviendo loco. Ya hace veinte meses, tres semanas y cinco días de aquello», se dijo.

Marcos le había advertido que llevar la cuenta con tanta exactitud no era buena señal, pero él alegaba que lo tenía superado. No obstante, en secreto, todavía esperaba que regresara algún día.

El autobús llegó a la última parada, así que se acercó al conductor, compró otro billete y regresó al asiento. Apoyó la cabeza en la ventanilla y recordó con dolor la ruptura con Sara. Ahora una fotocopia de ella surgía en su vida y no sabía qué hacer.

## Capítulo 3

Lucas despidió en la puerta de su despacho a un cliente y saludó a un hombre, llamado Mateo del Arco Rico, y a su esposa, que estaban esperando en la sala. Solo habían hablado por teléfono y ellos no esperaban encontrarse a un hombre joven, de metro ochenta y con unos kilos de más. Tenía el cabello meticulosamente peinado sobre una cara redonda, poblada con unos ojos marrones, una nariz romana entre dos carrillos que daban ganas de pellizcar y unos labios gruesos; vestido con un elegante traje gris, una camisa azul y unos zapatos de cordones, negros, bien lustrados.

Aquel era Lucas de la Blanca Escalera. Un abogado que empezaba a ganar fama local por sus numerosos triunfos y razón por la que aquel matrimonio lo había escogido.

Mateo del Arco Rico le presentó a su esposa, Rut Enio Rodio. El abogado les hizo un análisis rápido, de los que acostumbraba a hacer cuando veía a alguien por primera vez.

El hombre aparentaba unos treinta y cinco años, alto y bronceado, vestía un pantalón oscuro y un polo beis. Su cara contenía un amplio bigote entre una nariz aguileña y una boca pequeña. Ella parecía más joven que su marido, tenía el pelo liso y tintado en un rubio casi blanco; llevaba un vestido de cuadros y unos zapatos de tacón que combinaban con su enorme bolso.

Se sentaron y Lucas les pidió que le explicasen con detalle el asunto que le habían resumido por teléfono.

—Celebramos en el restaurante Corinto nuestro banquete de bodas y nosotros y veinte invitados más contrajimos salmonelosis —comenzó él—. Por culpa de eso, tuvimos que cancelar la luna de miel.

—Fuimos a poner una reclamación en el restaurante —intervino ella, gesticulando con las manos—, y nos dijeron que lo sentían mucho, que no

entendían cómo pudo ocurrir, pero que se lavaban las manos. Queremos demandarlos.

—Nos enteramos el otro día de que no es la primera vez que ocurre algo así en ese restaurante —explicó el señor del Arco—. Ya hubo otro caso de setenta y cuatro comensales con salmonelosis. De haberlo sabido, habríamos escogido otro sitio.

—¡Y mire lo que nos ha pasado a nosotros ahora! No queremos un acuerdo, ¡queremos que lo cierren! —exclamó Rut Enio, dando una palmada en la mesa—. Así no habrá más víctimas. Además, han empezado a circular rumores para reírse de nosotros. Dicen que dimos un banquete de mala calidad para ahorrar dinero, que nuestra riqueza es mera apariencia. Tenemos clase, no podemos consentir este tipo de calumnias.

—Resumiendo, quieren demandar al restaurante por daños y perjuicios —intervino Lucas—. No se hagan ilusiones de que cierren el sitio, salvo que el Departamento de Sanidad ponga el grito en el cielo. Sin embargo, podemos tratar de sacar el máximo beneficio. Además, tuvieron que cancelar el viaje de bodas, por lo que trataremos de que lo pague el restaurante. Por cierto, ¿a dónde iban?

—A las Islas Fye —respondió ella, luego frunció los labios pintados de carmesí—. Imagino que también nos pagarán lo que gastamos en la ropa para el viaje. Me gasté una fortuna en bikinis.

—En este tipo de casos, los daños que se producen no son solo físicos por la intoxicación, también hay daños morales, psicológicos —el abogado contó con los dedos— y otros derivados del suceso. ¿Cuántos invitados había?

—Doscientos cuarenta y tres.

—¿Y se infectaron solo veinte?

—Sí —asintió Mateo del Arco—. Nosotros y veintidós invitados más. Yo soy el portavoz de todos. Es un claro caso de salmonelosis por un alimento mal cocinado o en mal estado. Si, además, hay antecedentes, creemos que tenemos este caso ganado.

—Señor de la Blanca —dijo ella, echándose hacia delante—, hemos venido a usted porque hemos oído hablar de sus catorce sentencias a favor seguidas. Si nos representa, podemos hacerle un regalo especial.

Ella le guiñó un ojo y miró a su marido para que continuase hablando.

—Verá, tengo un importante contacto en Asila y sé de buena tinta que pronto necesitarán un abogado para su departamento jurídico.



—¿Asila? ¡Asila! —Lucas estuvo a punto de saltar de la silla, consciente de que se trataba de una reconocida y prestigiosa multinacional.

—Si todo sale bien, podríamos hablarle de usted para que entre a formar parte de su departamento. Usted empieza a volar muy alto y seguro que, con la ayuda de mi contacto, le concertarán una entrevista. Sé que buscan sangre joven y ambiciosa como la suya.

—Me encantaría.

—¿Acepta nuestro caso? —preguntó ella.

Lucas asintió.

—Necesitaré toda la documentación que puedan aportarme al respecto: la reclamación que ya han puesto, la factura del banquete, los partes médicos, las bajas laborales que se hayan podido ocasionar, los días de hospitalización si los hubo. Intentaré conseguirles la máxima indemnización.

—¿Y nos devolverán el dinero del banquete y el viaje?

—Esperemos que sí. Tráiganme también toda la documentación relativa al viaje. Además, añadiremos incumplimiento de contrato por parte del restaurante y, cómo no, pediremos una cuantía por los daños morales debido a la fecha tan especial que era para ustedes.

—Con lo que vamos a sacar podremos irnos unos meses a las Fye —sonrió ella, frotándose las manos.

Cuando se marcharon, Lucas entró en el despacho de Marcos y le contó lo que acababa de sucederle.

\* \* \*

Unos días más tarde almorzó con Marcos en el restaurante Corinto. Contrariamente a su idea previa, el lugar le pareció agradable, decorado con gusto y limpio, y la comida, deliciosa. Sin embargo, eso no impediría que lo demandase y luchara para que sus clientes se salieran con la suya.

Después del postre, pidió al camarero que los atendía hablar con el responsable. Pensando que estaban molestos por algo, el hombre les preguntó si todo estaba bien, así que Lucas puso como excusa querer felicitar al dueño por el sitio, aunque, en realidad, quería conocerlo en persona.

Al cabo de unos minutos, se acercó a la mesa una mujer de unos cuarenta años, alta, tan delgada que sus piernas parecían dos ramas, con el

pelo castaño claro recogido en una trenza y un flequillo que casi le cubría los pequeños ojos de color gris. Dijo ser la dueña y llamarse Ester Villa Carrillo.

A los dos abogados les causó la impresión opuesta que les había producido el restaurante. Fue antipática, desagradable, incluso hostil, y no tardó en marcharse.

—¡Vaya tipa! —exclamó Lucas, mirando, desconcertado, a su amigo.

—Por un momento, pensé que te iba a escupir.

—¿Es posible que sepa quién soy?

—¿Cómo va a saber que eres el abogado del matrimonio ese, tío? —repuso Marcos en voz baja—. Ni que lo llevases puesto en la frente. Además, te habría dicho algo al respecto. Lo cierto es que a mí la comida me ha gustado y no parece un sitio sucio y descuidado. Mira que tenía mis dudas cuando me has dicho de comer aquí. Debería traer a Noemí antes de que levantes un escándalo con esa demanda.

## Capítulo 4

El joven letrado recibió su décimo noveno triunfo consecutivo el mismo día que la madre de Marcos cumplía sesenta años, así que su amigo no lo pudo acompañar aquella noche. Abraham y Jacob, sus otros amigos, ya tenían planes o compromisos ineludibles, de modo que optó por ir solo. ¡Menuda forma de celebrarlo!

Pensaba ir al *pub* irlandés al que solían acudir, pero de camino a la avenida en la que se encontraba, vio uno nuevo y entró por curiosidad. No era muy grande, poco iluminado y medio lleno de gente.

Lucas se sentó en un taburete libre en la barra. El camarero le preguntó qué quería. Pidió una cerveza. Mientras se la bebía, echó un vistazo a su alrededor. Un grupo de jóvenes jugaba al billar en una esquina, en el otro extremo de la barra, el camarero que le había atendido hablaba con una chica morena y una camarera servía un par de hamburguesas a dos hombres.

Siguió bebiendo despacio mientras se evadía. Sin embargo, lo aburría celebrar solo un triunfo. Si al menos hubiera ido al sitio de siempre, habría encontrado a algún conocido con el que hablar. Casi prefería irse a ver la televisión hasta quedarse dormido en el sofá.

Echó un vistazo a la carta y pidió de comer. Una chica entró en el local. El corazón del abogado dio un triple salto mortal dentro del pecho. ¿Estaría alucinando? Ella se acercó a la barra y saludó a la persona que había estado hablando con el camarero. No podía ser posible, pero, sí, era ella. Se había planchado el pelo, pero era ella. Su vestimenta era distinta a la que lucía a diario, pero era ella.

Las dos se sentaron en una mesa. Ella se quitó el abrigo blanco. Llevaba un vestido oscuro de manga al codo y unos zapatos de tacón plateados, al igual que su pequeño bolso. Lucas se sentía incapaz de despegar los ojos de ella.

No podía oír lo que hablaban, pero parecían conversar de forma muy animada. Analizó la posibilidad de sentarse en una mesa cerca de ellas y la descartó. Prefería observarla desde la distancia.

—Aquí tiene, caballero. —El camarero dejó a su lado un plato de costillas de angus irlandés.

Después de una cerveza y una hamburguesa, la joven pelirroja dejó de sonreír, sacudió la cabeza y habló, haciendo que su amiga se tapase la boca con una mano. El abogado se preguntó de qué hablarían y lo preocupó verla limpiarse las lágrimas mientras la otra trataba de consolarla, frotándole el antebrazo.

La amiga llamó al camarero, que no tardó en llevar dos cervezas más. Siguieron hablando hasta que un joven se acercó a ellas. Por un instante, Lucas sintió un escalofrío en la espalda y notó una mano helada que se aferraba a sus entrañas. No le había visto alianza, pero ¿y si era su novio? Contuvo la respiración sin darse cuenta mientras el chico se aproximaba a la pelirroja. El tipo de saludo determinaría la relación existente entre ellos. Volvió a respirar con alivio cuando se dieron dos besos en la cara.

El recién llegado se sentó con ellas y pidió un refresco. Los tres hablaban y se reían. La amabilidad personificada volvía a sonreír, para satisfacción del letrado.

El chico llamó al camarero y pidió algo a lo que la chica de la moneda negó con la cabeza. Su amiga parecía querer convencerla, pero ella mantenía su negativa. Dijo algo al camarero. Lucas supuso que estaba rechazando una tercera cerveza, pero se equivocó.

La pelirroja se levantó para ir al servicio mientras el camarero preparaba tres chupitos, uno de ellos de un licor sin alcohol. El abogado observó cómo los llevaba a la mesa y cómo la amiga cogía el chupito sin alcohol, bebía un poco y echaba del suyo para que los tres tuvieran el mismo color. Cuando ella regresó a la mesa, sus amigos se reían.

Antes de que Lucas decidiera si debía o no intervenir, brindaron, bebieron y, enseguida, la pelirroja comenzó a toser. Sus compañeros se rieron a carcajadas.

Lucas lamentó haber dudado. Aquellos desgraciados se habían pasado con la broma. La chica no dejaba de toser y se le habían saltado las lágrimas. Su amiga se levantó para pedir en la barra un vaso de agua. Ya no se reía.

—Camarero, ¿de qué ha servido los chupitos de esa mesa? —preguntó el abogado, señalando con la cabeza el lugar al que se refería.

—De un licor con una graduación similar a la del alcohol del botiquín. No me extraña que esa chica lo esté pasando mal. Quema la garganta como si fuera fuego puro.

Cuando ella se recuperó unos minutos más tarde, se puso de pie para marcharse. No le había gustado la broma, tal y como mostraba su rostro. Su amiga pareció disculparse y le dio un abrazo.

Lucas pagó y salió antes. Se quedó mirando distraídamente un escaparate hasta que la vio por el rabillo del ojo. Le llamó la atención verla caminar sujetándose a la pared. Sin pensárselo dos veces, se acercó y la saludó. Ella lo miró con sorpresa.

—Me acuerdo de usted. Es el engreído trajeado que sube a veces al autobús.

—¿Engreído trajeado? —Lucas frunció el ceño, pero luego sonrió—. Sí, supongo que sí. ¿Te encuentras bien?

—No.

—¿Necesitas que te acompañe?

Ella intentó seguir caminando, pero le costaba. Dijo que todo le daba vueltas. Él insistió en ayudarla. Ella se rio y aceptó, agarrándose con firmeza a su brazo.

—Ya tengo bastantes problemas como para encima llegar medio bebida a casa.

—¿Qué problemas tiene la chica más amable y alegre del autobús?

—Un problema bastante gordo que me afecta a mí y a mi familia —se limitó a contestar.

Lucas recordó que era un desconocido para ella y no le extrañó que no quisiera contarle nada más.

—Me llamo Lucas. ¿Y tú?

—Judith.

—Es un nombre muy bonito.

—Si usted lo dice... ¿Por qué se mueve toda la calle?

—Porque te has metido un chute de alcohol étílico. La broma de tu amiga no ha tenido gracia.

—Ninguna. Me ha engañado para que me beba un chupito entero de un licor muy fuerte. Pensé que no lo contaba.

—Y tanto. Pero ¿el tuyo no era el mezclado?

—No, era puro. Eh, ¿cómo lo sabe?

Él le confesó lo que había visto desde la barra y justificó su omisión explicando que no sabía que el licor era tan fuerte.

—¿Y ahora quiere ayudarme porque se siente mal? —quiso saber ella.

—¿Por qué me hablas con tanta formalidad? Vas colgada de mi brazo.

—Le hablo con formalidad porque aún no le tengo confianza y, si voy colgada de su brazo, no es por gusto propio. Me encuentro muy mareada. Por cierto, ¿a dónde me lleva?

—No sé.

—¿Cómo que no lo sabe? —Judith se detuvo y lo miró con los ojos muy abiertos.

—Pensé que sabías a dónde íbamos.

—¿Cómo lo voy a saber si se me mueve todo? ¡Qué asco de chupito!

—Yo solo te acompaño. ¿Dónde vives?

—En mi casa.

—Vaya, yo también —replicó él con ironía.

Judith se rio.

—Me llama la atención esta ayuda desinteresada —comentó—. Le advierto que solo llevo unos cuantos euros en el bolso.

—Pero ¿piensas que quiero tu dinero? —Él enarcó las cejas.

Ella se detuvo, se soltó del brazo y lo miró fijamente. El corazón de Lucas se detuvo por temor a haber dicho algo que la hiciera marcharse.

—¿También sabe ser amable? —preguntó Judith.

El corazón del abogado volvió a recuperar el latido y asintió.

—No tanto como tú, pero te lo puedo demostrar.

—Ya veo que sí. Creo que se me va pasando el mareo. Gracias por la ayuda. Adiós.

Judith miró a ambos lados para saber dónde estaba y comenzó a caminar en sentido contrario, él la siguió a un paso por detrás.

—Me parece que a partir de ahora le cambiaré el nombre —dijo ella.

—¿Por cuál? —quiso saber él, poniéndose a su lado.

—Engreído pesado trajeado.

—Lucas es más corto.

—Pero dice menos de usted. ¿Por qué me sigue?

—También voy en esa dirección. —Señaló hacia el frente.

—Ah, está bien, engreído pesado trajeado.



Caminaron en silencio hasta que él le preguntó si le gustaban los *pubs* irlandeses.

—No lo sé. —Ella sacudió los hombros—. Esta noche ha sido la primera vez que he pisado uno, así que no puedo contestar a su pregunta en plural.

Él se echó a reír ante la respuesta. Se interesó por saber qué le había parecido.

—No estaba mal —replicó Judith—, aunque casi prefiero un bar normal, pero mi amiga quiso que quedásemos ahí. Según me dijo, era nuevo, lo abrieron hace un par de semanas.

—Yo no lo conocía. Suelo ir a uno que hay en la Avenida Tocineta.

—Disculpa mi ignorancia, aunque me suena un sitio así por esa avenida. Lucas sonrió para sí al darse cuenta de que le había hablado de tú.

—¿Y cómo es que no visitas los locales de tus antepasados?

—¿Los locales de mis antepasados?

—Los *pubs* irlandeses.

—Ah. —Judith se echó a reír—. Lo dices por mi color de pelo, ¿verdad?

Él alzó una ceja a modo de respuesta. Era evidente.

—La verdad es que no sé si tendré algún antepasado irlandés. No me he preocupado por eso. Heredé el color del pelo y los ojos de mi padre. A veces quisiera tener un color de pelo más normal.

—¿Por qué?

—Me molesta cuando me llaman por el color de mi pelo. Eh, tú, pelirroja —dijo, imitando una voz masculina.

«Ahora que sé su nombre, no volveré a llamarla pelirroja», se dijo él.

—Imagina que alguien te dijera: «Eh, tú, zurdo».

—¿Cómo sabes que soy zurdo? —preguntó él, sorprendido.

—No lo sabía con certeza, pero tenía mis sospechas, ya que sueles llevar el maletín en esa mano, aunque te pongas el reloj como cualquier diestro. Al ofrecerme el brazo izquierdo para que me agarrase, me lo has confirmado —le sonrió.

De pronto, se tapó la boca con la mano y cerró los ojos.

—¿Estás bien? ¿Sigues mareada? —preguntó Lucas, colocándose a su lado—. ¿Quieres ir al médico?

—No, solo llegar a casa y echarme en la cama.

Cincuenta metros más adelante, se pararon en un semáforo y, sin tiempo de nada más, ella se dobló bruscamente hacia delante y vomitó sobre la

acera, salpicándose las piernas y manchando los pantalones y zapatos de Lucas.

—¡Esto se avisa! —protestó él.

La respuesta fue otra salida violenta de fluido pestilente. Él le retiró el pelo con una mano y con la otra le sujetó un hombro. Cuando acabó, ella se quedó inclinada hacia delante, jadeando. Lucas sacó su pañuelo y se lo ofreció para que se limpiara. Avergonzada, ella se disculpó y lo cogió dándole las gracias.

—¿En qué dirección va usted ahora? —quiso saber.

—¿Otra vez con el *usted*? Ya me habías tuteado.

—No me he dado cuenta.

—Y me acabas de vomitar en los pies. —Levantó una pierna para darle más énfasis a sus palabras—. Por favor, deja de tratarme de usted.

—De acuerdo —concedió—. Siento mucho haberle... haberte vomitado encima. Ha sido sin querer. Creo que algo no me ha sentado bien o ha sido ese chupito. ¿En qué dirección vas ahora?

—En cualquiera que me aleje de ese olor. No quiero vomitar también.

El semáforo aún no les permitía cruzar, así que se apartaron de lo que había sido la cena a medio digerir de Judith.

—¿Quieres limpiarte? —le preguntó ella, ofreciéndole el pañuelo.

Él lo cogió para pasárselo por las perneras del pantalón y los zapatos.

—Te agradezco el interés, pero prefiero seguir sola —comentó ella—. Ya me encuentro mejor.

—No me extraña después de lo que has soltado —sonrió, incorporándose.

—Gracias por todo. Que tengas buena noche —le deseó ella antes de cruzar corriendo el paso de peatones.

Él se quedó mirándola como si estuviera dejando pasar una buena oportunidad hasta que se le ocurrió una idea. La llamó y corrió detrás de ella, que ya había llegado a la otra acera. Judith se volvió.

—¿Qué?

—Toma una de mis tarjetas. —Sacó una de la cartera, escribió detrás de la tarjeta cuatro palabras: *el engreído pesado trajeado*—. Si me necesitas, llámame. Quizás si me cuentas con calma cuál es ese problema gordo, pueda ayudarte.

Le entregó la tarjeta. Ella la guardó en el bolso sin mirarla, le dio las gracias y se despidió antes de alejarse con paso apresurado.

\* \* \*

Lucas no solo compartía despacho con Marcos, sino también piso, en un barrio cerca del centro. Se encontró a su compañero dormido en el sofá, con el mando a distancia en la mano y la televisión encendida.

Quiso ir a su dormitorio sin hacer ruido, pero Marcos se despertó sobresaltado. Al ver a Lucas, se tranquilizó, apagó la televisión, se frotó los ojos y le preguntó cómo había ido la noche.

—Ni te lo imaginas —respondió, sentándose en el sofá.

—¿Por qué?

—Me he encontrado con... una amiga.

—¿Quién? ¿La conozco?

—No.

—Tío, ¿a qué huele?

Lucas estiró las piernas dejando ver las manchas de vómito de sus pantalones a modo de respuesta.

—¿Quién te ha devuelto encima? ¿Tu amiga?

—Encima no, al lado. Sí, mi amiga. ¿A ti cómo te ha ido el cumpleaños?

—Muy bien. Cena, tarta, regalos, mis padres, mi hermana, mi cuñado, mis dos sobrinos. A mi madre le ha encantado el broche de oro.

—Me alegro. —Lucas bostezó—. Voy a poner en remojo estos pantalones y me voy a la cama. Estoy agotado.

—¿No vas a contarme más, tío?

—Algún día.

A pesar de estar cansado, Lucas no pudo dormirse. Pensaba en Judith y en lo ocurrido aquella noche. Ahora ella tenía su tarjeta, ¿lo llamaría? Cuando se volvieran a ver en el autobús, ¿hablarían? Le había dicho qué lugar frecuentaba, ¿se haría la encontradiza alguna noche?

Divagando, cayó en la cuenta de que no había pensado en Sara mientras estaba con ella. ¿Aquello era buena señal? ¿Quería decir que ya lo había superado totalmente? ¿Se estaría volviendo a enamorar? Si antes era difícil sacársela de la cabeza, después de aquella noche sería casi imposible.

## Capítulo 5

Lucas pasó el fin de semana centrado en dos asuntos: el recuerdo de Judith y el caso que lo llevaría a la cumbre del éxito. Estaba convencido de que ganaría, su línea de ataque le parecía muy buena.

Se despertó aquel martes antes de que sonara el despertador y se dirigió a la ducha. Mientras desayunaba, pensó en coger el autobús con la esperanza de encontrarse de nuevo con Judith en su camino a los juzgados. Sin embargo, no tenía que pasar por el despacho y tampoco quería que sus clientes lo viesen usar el transporte público.

Cuando aparcó delante de los juzgados, cogió del asiento del copiloto su maletín, comprobó su imagen en el espejo retrovisor y bajó del coche. En la puerta se encontró con sus clientes y los saludó.

—Estamos esperando a nuestros invitados —dijo el señor del Arco—. Por su bien y el nuestro queremos que todo salga bien.

—Confiamos plenamente en usted —apuntó Rut.

—Lo sé, todo saldrá bien.

Unos minutos más tarde se unieron a ellos los invitados y, tras pasar el control de la entrada, se dirigieron a la sala que estaba al fondo de un amplio pasillo de mármol y grandes ventanales.

Lucas se quedó pasmado al ver quién entraba en la sala. La antipática dueña del restaurante iba seguida de una joven pelirroja que detestaba que la llamasen pelirroja. ¿Qué hacía allí? Con el corazón desbocado y la garganta seca, comprendió la respuesta. La propietaria que él conocía era su hermana mayor, la que la sacaba de quicio a veces, pero Judith también era dueña. Supo al instante cuál era el problema que se cernía sobre ella y su familia. ¡Él!

Con un estremecimiento, se acordó de la tarjeta de visita que le había entregado y albergó la esperanza de que la hubiera tirado al llegar a casa.

¿Qué clase de ayuda le ofrecía si ahora estaba en el bando contrario preparado para sacarles hasta el último céntimo?

Aquella situación lo colocaba delante del peor dilema de toda su vida. No era hombre de grandes principios éticos, pero aquella mujer... Hubiera sido capaz de luchar contra la mayor multinacional del mundo o de desplumar al más mísero de los seres, a sabiendas de que era inocente, con tal de ganar su vigésimo caso consecutivo, pero no contra ella. ¿Qué tenía ella que lo hacía todo diferente? No podía explicarlo. ¿Sería por Sara y no quería reconocerlo? No, después de la noche del viernes, sabía que no.

Aquellos ojos de color impreciso se fijaron en él. Por un instante, los abrió más, sorprendida, pero ese fue el único gesto de reconocimiento que hizo.

Abandonar el caso. Era la salida rápida y no sería una derrota, pero ¿qué pasaba entonces con su entrada en Asila? ¡Y qué mala publicidad iba a ganarse! No. Tenía que seguir adelante y conseguir la victoria.

La jueza, que se llamaba María Cerezo Calvo, abrió la sesión. Era una mujer rubia, cercana a los cincuenta años y de aire sereno. Tanto él como la otra letrada, Isabel Sola Reina, negaron cuando la jueza les preguntó si había posibilidad de acuerdo.

Dos minutos después, Lucas exponía los hechos ante la jueza. Había conseguido dominarse al dejar de mirar a Judith. Ojos que no ven, corazón que no siente. Isabel Sola contó su versión, luego dio una explicación sobre el incidente de intoxicación ocurrido tiempo atrás:

—Cuando se produjo la primera y única salmonelosis que ha habido en el restaurante Corinto, en los diez años que lleva abierto, fue por culpa del distribuidor que enviaba comida ya cocinada y que se encontraba contaminada.

—Mentirosa —murmuró la señora Enio.

—También hubo más demandas contra tal distribuidor por parte de otros restaurantes. Fue un caso sonado en la ciudad hace un par de años. Creo que todos lo recordarán.

La jueza asintió.

—El restaurante Corinto es un lugar saludable —continuó la letrada—, cumple todas las condiciones de sanidad, la comida se conserva en buen estado y se cocina concienzudamente, de modo que se va a probar que no existe relación causal entre la intoxicación de los invitados y los alimentos ingeridos en el banquete de boda.

—Se concede la palabra a la parte actora en esta audiencia previa —dijo la jueza.

Era su turno, pero Lucas, que había escuchado toda la exposición de la abogada con la frente apoyada en la mano izquierda, el codo sobre la mesa y la mirada baja, se sentía atrapado en una jaula y no sabía cómo escapar airoso. Con los ojos puestos sobre la madera pulida, no dejaba de verse a sí mismo golpeándose la cabeza una y otra vez contra la superficie de la mesa.

¿Y si ella era inocente? Claro que lo era, la amabilidad personificada no haría daño a nadie con intención. En el fondo, le daba igual si, por error, había intoxicado o no a sus clientes. No quería acusarla, no quería demostrar nada que la perjudicase, no quería que sus clientes le quitasen un solo céntimo. Sin embargo, tenía que hablar. Lo hizo lamentando cada palabra.

—Con la venia, señoría, me afirmo y ratifico en mi escrito de demanda y solicito el recibimiento del pleito a prueba.

Cuando cerró la boca, sentía el estómago revuelto como si tuviera ganas de vomitar.

—Con la venia de su señoría, me afirmo y ratifico en mi escrito de contestación a la demanda y solicito el recibimiento del pleito a prueba —contestó la abogada.

La discoteca. Una luz se encendió en la mente de Lucas. Él sabía que sus clientes habían ido a una discoteca después de estar en el Corinto porque lo habían comentado de pasada, aunque él no le había dado importancia. ¿Y si se habían contagiado allí?

—¿Qué pruebas propone la parte actora? —quiso saber la jueza.

«Ninguna», respondió Lucas mentalmente. Necesitaba replantearse el caso. De buena gana hubiera tirado a la basura todo lo que había preparado, pero era consciente de que no podía comportarse así.

—Con la venia, señoría, no me encuentro bien —anunció—. ¿Se podría aplazar esta audiencia?

—¡Y luego se quejan de que la justicia va lenta! —exclamó ella—. No, pero puedo dar un descanso de diez minutos, letrado.

—Gracias, señoría.

—Retomamos esta audiencia en diez minutos.

—¿Por qué? —quiso saber Rut.

—No me encuentro bien. —Lucas se masajeó con el pulgar y el índice el puente de la nariz.



—¿Está nervioso? ¿Quiere un calmante?

—No, gracias. Voy a ir al servicio.

—¿Y no podía aguantarse? —le increpó Mateo del Arco.

—Señor de la Blanca —lo llamó la abogada Sola, acercándose a él y mirándolo por encima de sus gafas de pasta—, ¿a qué está jugando?

—No me encuentro bien —repitió por tercera vez.

Dicho aquello se levantó para salir de la sala. En el pasillo vio a Ester y a Judith hablando. La hermana mayor estaba apoyada en la pared, parecía a punto de echarse a llorar. Él caminó más despacio para captar la conversación.

—Con ese buitre en nuestra contra vamos a tener que cerrar el restaurante —dijo Ester—. Tendremos que indemnizarlos, aunque no tengamos culpa.

—¿Crees que será un juego sucio para que les salga gratis el banquete?

Ninguna de las dos se percató de su presencia y él continuó caminando hasta el servicio de caballeros. Se apoyó con las dos manos en uno de los lavabos y se miró en el espejo que tenía delante. Tenía que pensar en una solución con rapidez.

¿Y si la intoxicación no se hubiera originado en el restaurante? Tenía motivos para pensar así, ya que, en efecto, no había pruebas concluyentes y el número de intoxicados era bajo. Además, todos habían ido después a la misma discoteca. Pero ¿cómo podía haber salmonela en un lugar donde lo único comestible eran gominolas y frutos secos?

«No tiene sentido», pensó.

Abrió el grifo, cogió agua con ambas manos y se mojó la cara. Volvió a mirarse en el espejo mientras le goteaba agua por la barbilla.

«Nunca has llegado tan lejos y aún puedes seguir subiendo. ¿Vas a echarlo todo a perder por esa chica a la que no le interesas? Fue amable contigo como lo es con todo el mundo. Es una estúpida obsesión, el vago recuerdo de Sara. ¿Cuándo vas a superarlo, Lucas?», reflexionó.

Se secó la cara con las manos y comenzó a caminar de un extremo a otro del aseo. Se convenció de que tenía el caso ganado, de que la jueza estaba de su parte y de que no tenía más que seguir adelante y pelear por otro triunfo más. Ya lo había hecho muchas veces. ¿Acaso iba a abandonar su racha de éxitos?

Comprobó su aspecto en el espejo y salió. Judith y Ester seguían en el pasillo, ahora Isabel Sola las acompañaba. Él pasó a su lado, seguro de sí

mismo, con la barbilla alta.

—¿Se encuentra mejor? —quiso saber la abogada con tono irónico, girando hacia él su cabeza plateada por las canas.

Lucas se detuvo, la miró y respondió que estaba perfectamente.

—¡Sanguijuela miserable! —lo insultó Ester, encarándose con él—. No fue culpa nuestra. ¡Quieren aprovecharse de nosotras! Tenemos una madre enferma y...

—Cálmate. —Judith la sujetó del brazo—. No te pongas así. Da igual lo que le digas.

Él volvió a sentir el violento latir de su corazón al encontrarse con los ojos de Judith. En aquel momento, lo llamó una voz masculina. Su cliente quería saber si se encontraba mejor. Lucas se giró.

—Una vez creyó que yo quería robarle diez céntimos —comentó Judith a sus espaldas.

—¿Cuándo fue eso? —replicó Ester.

El abogado contestó a su cliente mientras prestaba atención a la conversación entre las hermanas.

—Un día en el autobús cuando iba a la residencia a ver a mamá —dijo Judith—, pero no sabía quién era. Reparé en él porque se le había caído una moneda y la cogí para devolvérsela, y pensó que quería robarle. Al principio me indignó, luego volvimos a hablar y fue... no sé cómo decirte... bastante gracioso.

—Seguro que ya se encuentra con fuerzas para seguir —decía Mateo.

—¿Gracioso? —preguntó Ester con incredulidad—. ¿Ese bicho te pareció gracioso? Es lo peor que ha vomitado la naturaleza.

—Qué exagerada eres, hermana. No sé si esa es la palabra exacta. El caso es que lo veía alguna vez subir con su traje de chaqueta impecable, peinado con gomina, destacando entre la multitud con aire de superioridad. Todo un personaje. Nunca imaginé que fuera el famoso Lucas de la Blanca Escalera y mucho menos que fuera el causante de que nos vayamos a la ruina.

Las últimas palabras de Judith estaban cargadas de angustia. El abogado las había escuchado mientras dejaba hablar a su cliente y le respondía con monosílabos para que no se diera cuenta de que estaba más interesado en la conversación que se desarrollaba a sus espaldas. Después oyó cómo la abogada daba ánimos a las hermanas y decidió que era hora de regresar a la sala para reanudar la audiencia.

—Bien, ¿qué pruebas propone la parte actora? —preguntó la jueza.

Lucas presentó sus pruebas, con ganas de darse un puñetazo cada vez que pronunciaba una palabra. Cuando dejó de hablar, le palpitaban las sienes y las ganas de vomitar habían vuelto. Cerró los ojos para evitar mirar a Judith.

La abogada mostró sus pruebas: la explicación documentada de la demanda anterior y la prueba pericial que acreditaba que no existía la bacteria en el restaurante. Lucas se preguntó por qué no destacaba a su favor el bajo número de afectados y la ausencia de otras demandas por intoxicación.

—Se admite toda la prueba y se señala la celebración del juicio para el día 18 de febrero a las doce en punto —anunció la jueza—. Se acuerda que se cite para dicho acto a las partes, debiéndose entender que las presentes quedan citadas y las personas que deban comparecer en el juicio. Queda terminada la audiencia.

El matrimonio sonrió satisfecho, pero Lucas no. Lo único que lo alivió fue saber que por fin podía abandonar aquella sala, aunque siguiera atrapado dentro del caso. Tendría que pensar en cómo salir airoso y librar a Judith. No quiso mirarla, mas no pudo evitarlo. Descubrió que ella tenía los ojos sobre él. ¿Qué estaría pensando? ¿Qué opinaría de él? Un escalofrío le recorrió la espalda, pero no pudo descifrar con qué intención lo miraba.

Al ponerse de pie, las piernas parecían no querer sostenerlo y se agarró a la silla. De repente, cayó al suelo como un peso muerto. Un grupo de gente lo rodeó.

—Quizás sea una bajada de tensión.

—O de azúcar. ¿Alguien tiene un caramelo?

—Yo. ¿De limón sirven?

—Si es que ponen la calefacción muy alta.

—Llamen a un médico.

Le subieron las piernas y le abanicaron la cara.

—Por favor, aléjense. Déjenme a mí.

Quienquiera que fuera que se había hecho cargo de la situación, le palmeó la cara varias veces intentando despertarlo hasta que abrió lentamente los ojos y vio un rostro redondo, moreno y risueño de un hombre que dijo ser enfermero. Lucas lo reconoció. Era uno de los invitados de la boda.

—¿Qué... qué me... ha pasado?

—Un desmayo, supongo —dijo el enfermero.

—Me siento... como mareado.

—Tal vez sea del estrés.

—Ha sido una tontería —dijo Lucas, intentando incorporarse con torpeza.

—Tendría que ir al hospital —lo aconsejó el enfermero—. ¿Puede llamar alguien a una ambulancia?

—Podemos llevarlo al hospital —se ofreció Mateo.

—No será necesario —protestó Lucas.

—Debería verlo un médico. ¿Y si no es una tontería?

—No me creo nada. Esto es una treta, pero no entiendo qué objetivo tiene —repuso la abogada.

—De ese maldito buitre sin piedad te puedes esperar lo que sea —añadió Ester.

\* \* \*

En el hospital, la revisión no reveló nada anormal. El médico lo tomó como uno de los enigmas del cuerpo humano y permitió a Lucas marcharse. Era el mismo médico que había atendido a los infectados por salmonela y el abogado decidió hablar con él. Le preguntó si era posible que los afectados se hubieran contagiado en otro lugar que no fuera el restaurante.

—No soy de ningún bando, ¿entiende? —respondió el médico—. Le hablo desde el punto de vista médico y la salmonela es una bacteria que se encuentra en ciertos alimentos. Si cenaron juntos en ese restaurante, es lógico suponer que la infección saliera de ahí. También es cierto que la comida ya podía venir contaminada, aunque si la hubieran cocinado bien, las bacterias habrían muerto. Es la forma más eficaz de combatir la salmonela, junto a la higiene, por supuesto.

—Y tras revisar el menú, pensaron en el pavo porque también es portador de esas bacterias, ¿no es así? Al parecer no había nada con huevos frescos.

—Eso es. Si le sirve de algo, a mí me llama la atención el hecho de que todos los infectados sean relativamente jóvenes porque los más susceptibles son los ancianos y niños, pero no puedo darle una respuesta concreta. También es raro que de tantas personas solo se infectaran veinte. No

obstante, hay quienes se infectan sin saberlo porque no dan síntomas. Enigmas del cuerpo humano —repitió el médico por segunda vez.

Lucas quiso saber qué margen de tiempo existía entre la toma del alimento contaminado y los primeros síntomas. Tras la respuesta del médico, le dio las gracias y se despidió.

—Ha sido un honor servir al abogado más famoso de la ciudad —sonrió el médico al estrecharle la mano.

—Exagera, doctor.

—Sabe que no. La prensa local está enloquecida por usted y sus triunfos consecutivos. Cuídese. Toda la ciudad espera que gane este caso.

\* \* \*

Cuando llegó a su piso, Lucas se preparó un plato de macarrones y se sentó a comer. Antes del postre, ya había tomado la decisión. Había amordazado a la voz que le decía que iba a cometer la mayor estupidez de su vida y de toda su carrera profesional. Estaba lavando los platos cuando llegó Marcos.

Su amigo le preguntó cómo le había ido. Lucas aclaró un vaso, cerró el grifo y se volvió mientras se secaba las manos en un paño de cocina, calibrando cuánto podía y debía contarle a su amigo.

—Ya no quiero ese caso. La culpa la tiene tu madre por cumplir años el otro día y hacerme salir el viernes solo. Ah, y mi coche, por estropearse cuando nadie se lo pidió.

—¿Qué me he perdido? —Marcos ladeó la cabeza.

—Mentirle a un juez me resulta más fácil que mentirte a ti. —Esbozó media sonrisa y dejó el paño sobre la encimera—. Sí, hay algo que no te he contado. Pero todavía no lo haré. Temo que al plantearte el asunto te rías de mí. Tengo una idea fija en mente y no voy a descansar hasta que la logre. No quiero que ni tú, ni yo, ni nada me separe de ella.

—¿Vas a morirte en una semana y quieres hacer el bien en siete días?

—He intentado ignorarla y casi lo consigo, créeme, pero sigue ahí, fija, inamovible, y tengo que llevarla a cabo. Algo me dice que, si no, me arrepentiré el resto de mi vida. Claro que, pensándolo en frío, creo que, si la hago, también me voy a arrepentir.

—No entiendo nada. ¿Por qué no me lo cuentas, tío?

—Lo haré en su momento. Por cierto, ¿conoces la discoteca Lico?

—Fui una vez hace mucho tiempo con un colega que había conseguido unas invitaciones y no tenía con quién ir.

—¿Invitaciones?

—Es la única forma de entrar. Se toman muy a pecho el derecho de admisión, quieren gente selecta. Mi colega las consiguió por un amigo que era amigo del gorila de la puerta, pero era un sitio muy estrambótico que no me gustó. No volvería ni con invitaciones ni sin ellas.

—¿Dónde está?

Tras escuchar la dirección, Lucas abandonó a toda prisa la cocina. Poco después, también salió del piso.

## Capítulo 6

Aquella fría mañana de febrero Lucas parecía el de siempre, el trajeado engreído de siempre, seguro de sí mismo y orgulloso. No obstante, por dentro sentía un hervidero de sentimientos encontrados, con esa idea fija que seguía ahí y sin marcha atrás. Desconocía que estaba a punto de comenzar a recorrer el camino que lo haría caer de la cumbre al abismo.

Encontró a Judith y a su hermana en la puerta de los juzgados. Se alegró de verla, su buen humor se acrecentó. Les sonrió y les deseó buenos días.

—¡Menuda serpiente venenosa! —exclamó Ester.

Judith respondió al saludo con educación. Seguro que pensaban que se estaba burlando de ellas. No podía revelar la forma en la que había movido los hilos, aunque anhelaba que lo supiera algún día. Más que la toga debería ponerse la capa de Superman en aquel juicio.

Entraron en la sala y la jueza Cerezo Calvo abrió la sesión.

—Solicito a las partes que manifiesten si hay hechos acaecidos o conocidos con posterioridad a la audiencia previa. Tiene la palabra la parte demandante.

—Con la venia, señoría. No vamos a alegar ningún hecho nuevo —manifestó Lucas.

—Tiene la palabra la parte demandada.

—Con la venia de su señoría —dijo la abogada, ajustándose las gafas sobre el puente de la nariz—, la parte demandada quiere alegar nuevos hechos que han sido conocidos con posterioridad a la audiencia previa. Se ha descubierto que los afectados estuvieron en la discoteca Lico después de comer en el Corinto y que dicho local cuenta con cinco demandas por salmonelosis durante los últimos seis meses.

—¿Insinúa que la salmonela estaba en un *gin tonic*? —exclamó Rut.

—Silencio, por favor —ordenó la jueza—. Continúe, letrada.

—También queremos presentar como prueba el testimonio de un antiguo trabajador de la discoteca, Filemón Angulo Doblado, que podrá contar cómo se elabora un peculiar cóctel.

Lucas fingió desconcierto, aunque ya sabía todo aquello. Él mismo lo había descubierto. Había encontrado la forma de librar a Judith: con la verdad.

—Se aceptan —asintió la jueza—. Antes de pasar a la práctica de la prueba, ¿alguna parte quiere solicitar la exhibición de documentos que no se hallen a disposición de ella y que se refieran al objeto del proceso o a la eficacia de los medios de prueba?

En su turno, la abogada manifestó la existencia de dos multas de la Dirección General de Salud Pública a la discoteca por no cumplir las condiciones de higiene exigidas y las presentó como prueba.

Lucas permaneció impasible. No estaba sucediendo nada que escapase a su conocimiento. Lo que lo preocupaba era que se acercaba el momento de la práctica de la prueba y tendría que interrogar a la parte demandada. Esperaba que fuera la hermana arisca la que se prestase al interrogatorio.

Cuando descubrió que tenía que interrogar a Judith, cerró los ojos mientras su estómago se estremecía. «Vamos, Lucas, sabes lo que tienes que hacer», se dijo.

Ella contestó con calma, mirándolo a los ojos, como si quisiera demostrarle que no tenía nada que ocultar y que decía la verdad. Había estado en cocina y podía asegurar que ningún plato había salido mal cocinado. Además, el personal era un grupo de profesionales cualificado que no serviría un plato mal hecho. Los productos del Corinto estaban en buen estado y eran de calidad.

Judith empezó a retorcer con los dedos uno de sus mechones de pelo. Estaba nerviosa. Pero él iba a seguir ayudándola, de modo que continuó el interrogatorio.

Sirvieron doscientos catorce platos de pavo. No sirvieron nada con pollo u otra ave. Tampoco nada con huevos frescos. Sí, su restaurante cumplía todos los requisitos higiénicos y sanitarios.

—Gracias. No hay más preguntas, señoría —concluyó el abogado.

Ante sus palabras, Judith lo miró con un gesto de confusión en el rostro. ¿Quizás había esperado nuevas preguntas o cuestiones más comprometidas? Él se contuvo para evitar sonreírle o guiñarle un ojo, puesto que no mostraría que estaba de su parte.



Poco después, declararon los testigos. Para no alargar el juicio innecesariamente, Lucas había escogido a cinco de los invitados. Todos habían comido pavo, habían acompañado a los novios a la discoteca Lico, donde bebieron y picaron algunos frutos secos, y habían comenzado a tener dolor abdominal, fiebre, vómitos y diarrea a partir de la mañana siguiente.

Isabel Sola se limitaba a una única pregunta para cada invitado: «¿Qué clase de bebidas tomó en la discoteca?». La respuesta tenía un denominador común, un cóctel especial de la casa, llamado Magnolia, y con el que habían brindado por los recién casados.

Cuando testificó el médico de urgencias, el abogado le preguntó sobre el ingreso de los pacientes, los síntomas, el diagnóstico y las causas que habían podido producir la salmonelosis. Una vez concluidas sus preguntas, la jueza cedió la palabra a la letrada.

—Doctor, quisiera saber qué intervalo de tiempo hay entre la ingesta del alimento contaminado y los primeros síntomas.

—Existe un plazo de unas pocas horas a dos o tres días.

—¿Y los pacientes que llegaron a su hospital cuánto tiempo hacía que habían ingerido el alimento contaminado?

—No puedo responderle a eso.

—Sin embargo, la hora del ingreso, las doce y diez, según ha dicho, del primer infectado está dentro del margen que incluyen tanto el banquete de boda como lo que pudieran tomar en la discoteca.

—Sí.

—¿Está usted de acuerdo en que la infección pudo producirse después del banquete de boda?

—Pudiera ser. No tengo modo de saberlo.

—Gracias. No tengo más preguntas, señoría.

Llegó el turno de Filemón Angulo Doblado, antiguo camarero de la discoteca. Ocupó el lugar que acababa de abandonar el médico, se presentó y la abogada comenzó sus preguntas.

El joven había trabajado en la discoteca Lico durante el verano anterior. Por tanto, había estado en la barra cuando los novios y el grupo de invitados fueron al local. Era fácil recordarlo porque no era habitual ver a una mujer vestida de novia. No podía asegurar que fueran los demandantes, aunque sí se acordaba de unos recién casados a principios de septiembre.

—¿Sabe si se les sirvió un cóctel llamado Magnolia? —quiso saber la letrada.

—Supongo que sí. Era el cóctel especial de la casa y se solía servir como bienvenida, sobre todo, a los grupos.

—¿Cómo se elabora el Magnolia?

—Es una mezcla de brandi, licor de naranja, champán y yema de huevo.

—Yema de huevo —repitió la abogada, materializando el pensamiento de todos en palabras—. ¿Cruda?

—Sí. Solo hay que mezclar todo en la coctelera. Yo no hacía esos cócteles —añadió como si tuviera miedo de que lo fueran a acusar a él—. Los hacían otros camareros con más experiencia y yo me limitaba a servirlos.

—¿Sabe si la discoteca ha tenido casos de infectados por salmonela?

—Oí algunos rumores al respecto hasta que una amiga mía se vio afectada.

—¿Esa amiga suya denunció a la discoteca?

—Protesto, señoría —intervino Lucas—. Esa pregunta está fuera del objeto de este proceso.

—Se acepta —concedió la jueza.

—No tengo más preguntas, señoría —repuso Isabel Sola—. Muchas gracias.

Era el momento de que Lucas preguntara al testigo.

—Con la venia, señoría. Señor Angulo, ¿cree usted que un cóctel Magnolia puede causar una salmonelosis?

La respuesta fue afirmativa.

—¿Y cómo puede saberlo sin ser un profesional de la salud?

—Porque mi amiga afectada solo tomó dos Magnolias la noche que estuvo en la discoteca. Además, al contener huevo crudo, existe riesgo de salmonelosis, aunque sea mínimo.

—No tengo más preguntas, señoría.

El matrimonio se mostró contrariado ante el desarrollo de los acontecimientos.

Al no haber más testigos, pasaron a las conclusiones. Lucas no se creía una sola palabra de las que dijo hasta el extremo de que estuvo a punto de estallar en carcajadas. Tuvo que detenerse dos veces, morderse los labios y fingir un ataque de tos para contenerse. «Por favor, Lucas, compórtate», se regañó.

Insistió en la existencia de un nexo causal entre la enfermedad de sus mandantes y la comida del restaurante; alegó que el informe del

Departamento de Sanidad no significaba nada, dado que la fecha de su realización había sido muy posterior a la intoxicación y eso justificaba que no se encontrase la bacteria. Pasó por alto la demanda anterior, el testimonio del camarero de la discoteca y el bajo número de infectados, y recalcó los daños morales sufridos por sus clientes.

—Con su venia, señoría —dijo la abogada cuando se le concedió la palabra—. Para informe, solicitamos que se desestime íntegramente la demanda y se le impongan al actor las costas procesales. Entendemos que no hay relación causal entre la enfermedad producida y el banquete celebrado en el restaurante Corinto, en base a las pruebas presentadas. Dado que se ha sabido que todos los afectados estuvieron en la misma discoteca y tomaron un cóctel con yema de huevo, carece de sentido pensar que fue el restaurante el origen de la intoxicación. De haber sido así, habría un grupo más numeroso de intoxicados.

Ella continuó hablando del informe del Departamento de Sanidad y del buen cumplimiento del restaurante de todas las exigencias de los inspectores sanitarios. Lucas estaba seguro de que la parte contraria tenía la balanza a su favor.

—Queda visto para sentencia —culminó la jueza.

—¡Qué bochorno! Tendremos que demandar a esa discoteca si la jueza no nos da la razón —comentó la señora Enio, moviendo la cabeza—. Esto no puede quedar así.

—Esperaremos a la sentencia —dijo Lucas—. Aún no se ha dicho la última palabra.

—Parece difícil que la dicten a nuestro favor. ¿Quién iba a saber que ese cóctel se hacía con huevo? ¡No sabíamos lo que bebíamos! —exclamó ella—. ¿Por qué no se molestó en investigar esa posibilidad? ¡Qué vergüenza!

—No se preocupen. Si no ganamos, descargaremos todo sobre el dueño de esa discoteca. Sin duda, ahí obtendremos la indemnización.

—¿Por qué habla en plural? —replicó Mateo del Arco—. Ya veremos si seguimos con usted. No vamos a dejar que nos represente un abogado que no ha llegado al vigésimo triunfo consecutivo.

—¡¿Qué?! —El joven abogado se quedó blanco como la leche—. Yo puedo representarles y hacerles ganar el caso contra la discoteca.

—Empiezo a tener mis dudas después de ver cómo esa abogada lo ha pillado por sorpresa. —repuso su cliente—. Para colmo, vamos a quedar como estúpidos por su incompetencia. ¡Confiábamos en usted!

—Ustedes me dijeron que se habían intoxicado en el restaurante Corinto y querían demandarlo para obtener una indemnización —se defendió—. Me contrataron para eso, no para investigar dónde se infectaron.

—¡Para lo que cobra ya podría haberlo hecho! —gruñó Rut.

Lucas no había previsto una reacción así por parte de sus clientes. Había pensado que, a pesar del fracaso, contarían con él para la demanda contra la discoteca y, con ello, exculparía a Judith sin perder la oportunidad de entrar en el departamento jurídico de Asila.

Los invitados se acercaron hasta ellos y algunos se unieron al matrimonio para echarle en cara lo ocurrido. Ajenos a sus intentos por tranquilizarlos, cogió su maletín y se dispuso a salir, seguido por el grupo. Lo dejaron en paz cuando entró en el coche y arrancó. Comenzó a preguntarse si había hecho bien. Pero ¿desde cuándo le importaba hacer lo correcto o no? «Menuda idea tuviste, Lucas. Acabas de perder el puente hacia Asila y lo peor es que, si estos tienen un contacto allí, no vas a poder entrar nunca», se dijo.

Dio un puñetazo al volante y bufó, aunque no tenía muy claro si su enfado era contra sus mandantes o contra sí mismo. No quería volver a casa ni ir al despacho. Abandonó la ciudad y condujo sin rumbo por la autovía.

\* \* \*

Ya había anochecido cuando recibió una llamada de Marcos. Estaba en el aparcamiento de un hotel de carretera, sentado con sus pensamientos.

—Estás desaparecido, tío. ¿Te ha pasado algo?

—He perdido —suspiró Lucas—. ¿Sabes que estás hablando con el ser más fracasado de todo el planeta?

—¿Por qué te pones la venda antes de que te apaleen? Siempre hay que esperar a que salga la sentencia. Además, eso es solo una batalla, tú eres un triunfador. Vales mucho. A unas malas, diecinueve victorias consecutivas no están nada mal, ya las quisiera yo.

—Marcos, no lo entiendes. ¿Recuerdas que había algo que no te conté?

—Eché la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Sí, aún estoy esperando. ¿Qué tiene que ver?

—Mucho. Podía haber ganado este caso, pero no quise hacerlo y creo que ahora me arrepiento. —Abrió los ojos y apoyó la frente en el volante—. O no. No lo sé.

—¿Qué dices?

—Me he derrotado yo mismo. Puse en las manos de esa abogada las armas con las que podía ganar.

—¿Que has hecho qué?

Lucas levantó la cabeza.

—Acabo de decirte que yo mismo busqué más pruebas y se las di a la abogada para que probara que el restaurante no era la causa de la infección. Lo irónico es que busqué la verdad, algo que no suelo hacer si no me conviene.

—¿Y por qué, tío?

—A esa misma pregunta estoy intentando responder yo.

—Vuelve y hablaremos, sigo sin entender por...

—Creo que he perdido toda posibilidad de entrar en el departamento legal de Asila.

—Lo siento mucho. Sé la ilusión que te hacía, hubieras cumplido un gran sueño, aunque también me alegro porque no quiero quedarme solo. ¿Podrías explicarme qué es lo que pasa?

—¿Te acuerdas de Sara?

Marcos sabía lo que aquella mujer había significado, o tal vez significaba, para su amigo. Una enfermera simpática, llena de vitalidad, optimista, tan alta como Lucas, demasiado delgada para el gusto de Marcos, de cara ovalada, mirada profunda, nariz cubierta de pecas y un cabello largo, rizado y pelirrojo.

—¿Qué pinta ella en esto? —preguntó Marcos.

—Hace unos meses me la encontré en el autobús.

—¿Cómo? ¿Ha vuelto?

—No era ella exactamente, sino una chica que se le parecía. Se llama Judith.

Lucas contó a su compañero los dos encuentros que tuvo con ella en el mismo día, las veces que la vio en el autobús y lo que ocurrió aquel viernes por la noche.

—¿Y qué relación tiene todo eso con este caso? —preguntó Marcos cuando concluyó.

—Ella también es propietaria del restaurante junto a su hermana, aquella mujer tan antipática.

—¡Qué dices! —exclamó su amigo—. Lo has hecho por ella. ¡Qué romántico! ¿Es que te has enamorado? ¿En serio?

—No sabría responderte a eso.

—¿Y no será que la confundes con Sara?

—Al principio sí, pero sé que no después de lo del viernes. Sara ha pasado a segundo plano.

—¡Aleluya! ¡Ya era hora de que te desengancharas de esa mujer! Te caló muy hondo. Casi dos años y seguías sin superarlo del todo, tío.

—¿Por qué dices eso? Llevaba mucho sin tocar el tema.

—Vivo contigo y no sería la primera vez que te oyera llamarla en sueños.

—¿De verdad?

—Comprendo que fue un golpe muy duro. Después de tres años juntos, te suelta en plena cena que te deja porque no siente nada por ti y que se larga a otro país a trabajar.

Marcos no recordaba si era a Brasil, Bolivia, Perú o Ecuador.

—Y yo como un idiota con el anillo de pedida en el bolsillo —sonrió Lucas con pesar—. Me dejó hecho polvo.

—Y tanto. Así que ahora aparece otra hermosa pelirroja y por ella te cavas tú solito un hoyo en el que enterrarte, tío.

—Pensé que me dejarían representarlos contra la discoteca, pero no están de acuerdo con la idea. En realidad, he sido deshonesto con mis clientes. ¿Crees que debería devolverles lo que me han pagado?

—¿Por qué no vas a buscar a esa chica y le cuentas lo que has hecho?

—¿No te das cuenta de que no puedo hacerlo? No me creería. Además, piensa que soy un estúpido, un engreído...

—No la culpo —lo interrumpió su amigo—. Quien te tiene en contra no posee buena imagen de ti, sobre todo, las aseguradoras.

Lucas sonrió. Los tramitadores de varias compañías de seguros no lo miraban con buenos ojos después de haberlos llevado a juicio para sacarles más dinero del que esperaban dar a sus clientes. Antes de ser famoso por la prensa, lo era entre las aseguradoras. Había logrado que algunas lo temieran.

—Sin embargo, eso ya lo pensaba antes del juicio —añadió Lucas.

—Insinuaste que te quería robar. Eso no es un punto a tu favor.

—No me pilló en buen momento. En fin, creo que va siendo hora de regresar a casa.

## Capítulo 7

Cuando salió la sentencia a favor del restaurante Corinto, Lucas se alegró y se sintió aliviado. Llamó a sus mandantes para concertar una reunión con ellos porque todavía mantenía la esperanza de que contasen con él para demandar a la discoteca.

—¿Qué ha decidido la jueza? —quiso saber Mateo del Arco con un tono poco amistoso.

—Como le digo, quisiera contárselo en persona y así...

—¿Hemos perdido? —lo cortó su cliente.

—¿Qué tal vernos mañana a las una y media?

—¿Hemos perdido? Si no me lo dice usted, ya me enteraré por otros medios.

El abogado se rindió.

—Sí, pero...

—¿Y no se puede hacer nada al respecto? —espetó el otro.

Lucas sabía que podía apelar la sentencia, pero estaba contento con el resultado. Sin embargo, todavía quería luchar por no perder su oportunidad en Asila. Le dio a su cliente varias razones por las que era mejor no hacer ninguna apelación, sino centrarse en demandar a la discoteca.

—Sí, de acuerdo —contestó Mateo tras un silencio—. Eso es lo que vamos a hacer, pero sin usted. Adiós, perdedor. —Y colgó.

El abogado dio un puñetazo al aire y volvió a llamar. La llamada se cortó sin que nadie contestase. Soltó un taco y se contentó con pensar que al menos había librado a Judith de la indemnización.

Al día siguiente, la prensa local publicó un extenso artículo relatando el fracaso del letrado de la Blanca Escalera. Describían con detalle la estrategia de la abogada Sola y daban una nefasta publicidad sobre él.

La noticia provocó la baja de varios de sus clientes. En algunos casos, recibió una llamada para decirle que no querían ser representados por un fracasado, según expresaron literalmente, mientras que en otros fueron sus compañeros de oficio los que se comunicaron con él para pedirle la venia.

—Tío, me ha llamado uno de tus clientes para que le lleve su caso —le anunció Marcos, entrando en su despacho.

—¿Otro? A este paso me voy a quedar a dos velas.

—Tranquilo, lo he convencido para que siga contigo. El motorista lesionado en un accidente sigue para ti.

—Gracias. Mira, mi bandeja de correo electrónico —dijo, señalando la pantalla del monitor—. Tres mensajes de Isabel Sola Reina pidiéndome la venia. Se estará divirtiendo al pensar que soy el abogado más tonto del planeta.

No podía entender que le dieran tanta importancia a un caso perdido después del prestigio que había logrado a través de sus éxitos. Irritado, optó por pensar que sería una mala publicidad pasajera. ¿O había cometido la mayor estupidez de su vida?

Le hubiera gustado ver la reacción de Judith al conocer la sentencia, pero se la podía imaginar con facilidad. Y aquello lo hacía sonreír, a pesar de todo.

Un par de días más tarde recibió la notificación de una sentencia a favor, pero no apareció en la prensa. Por la noche, salió con Marcos, Abraham y Jacob con la intención de disfrutar como si hubiera ganado veinte casos seguidos. O, mejor dicho, veintiuno porque el caso de Judith lo había ganado él, aunque desde el bando equivocado.

—¿Vas a volver a intentar superar tu récord de casos consecutivos ganados? —le preguntó Abraham.

—Voy a seguir trabajando como he hecho hasta ahora —contestó—. Aunque, sí, me gusta más cuando gano. No voy a mentirte.

—Eso no es raro en un abogado —sonrió su amigo.

—¡Ya estamos con los tópicos! —gruñó Lucas.

—Déjalo en paz —intercedió Jacob, mostrando las palmas de las manos en señal pacífica—. Está muy susceptible desde que perdió el otro día.

—La prensa ha dado demasiada importancia al asunto —intervino Marcos—. Ni que uno estuviera obligado a ganar siempre y no pudiera perder alguna vez.

—¿Podemos hablar de otro tema? —Lucas estaba harto.



Salían del restaurante en el que habían cenado cuando dos hombres fornidos, con gorras y cara de pocos amigos, se acercaron a ellos.

—¡Eh, tú! —increpó uno, dirigiéndose a Lucas y dándole un fuerte empujón en el hombro.

—¿Qué te pasa? —replicó él.

—Te has pasado de listo con nuestro jefe —le contestó con tono amenazante—. Como nos metan un paquete por tu culpa, lo vas a pagar caro.

—¿Amenazas a mí? —Lucas mostró una tranquilidad que no sentía—. Tengo testigos y os puedo denunciar por esto.

—Calla, picapleitos. No nos asustas. Te colaste en nuestro garito para darnos la puñalada trapería, así que ojo porque, como nos metan en un lío, te la cargas. La prensa cree que fue esa abogada, pero a nosotros no nos engañas. Avisado estás.

Dicho aquello, los tipos se alejaron.

—¡Qué mal rollo me han dado! —exclamó Abraham—. ¿Quiénes eran?

—No sería la primera vez que me amenazasen —contestó Lucas, encogiéndose de hombros—. Uno se crea enemigos con este oficio.

—Pero esos tenían muy mala pinta —apuntó Jacob con preocupación—. Yo que tú me iría de la ciudad durante una buena temporada.

—Tío, vamos a denunciarlos ahora mismo —intervino Marcos, dándole una palmada en la espalda a su compañero.

Lucas negó con la cabeza, les pidió que olvidasen el asunto y prefirió ignorar la amenaza.

## Capítulo 8

Después de un fin de semana en el que Lucas hizo todo lo posible por descansar, llegó el lunes. Marcos tenía que hacer varias gestiones, así que su compañero se dirigió solo al despacho.

Al pasar junto a la parada del autobús, se le escapó un suspiro y pensó en Judith. Para colmo, se aproximaba el que iba a los juzgados. Aceleró el paso para evitar la tentación de coger aquel autobús. En cuanto entró en el despacho, se sumergió en el trabajo.

Estaba consultando el Código Civil cuando oyó el timbre. No había quedado con nadie, aunque tampoco era extraño recibir una visita sin cita. Con el Código Civil aún en la mano, fue a abrir la puerta sin mirar por la mirilla, puesto que no tenía costumbre de hacerlo.

El libro cayó al suelo.

—Se le ha caído.

Era la segunda vez que Lucas escuchaba aquellas palabras de la misma persona y esta vez quería agradecerse, pero su corazón desbocado, su estómago contraído y un nudo de la garganta se lo impidieron.

Ella se agachó a recoger el libro y se lo tendió esperando a que él lo cogiera. No obstante, el abogado permanecía inmóvil, mirándola, con la boca abierta y el desconcierto en los ojos. Cualquiera con un estetoscopio hubiera percibido el latir de dos corazones acelerados. Uno, por la sorpresa y la emoción, el otro, por los nervios y el temor.

—Quisiera hablar con usted si tiene un momento —se aventuró a decir ella al ver que él no reaccionaba.

Lucas asintió, cogió el libro y la hizo pasar. Le indicó dónde estaba su despacho. ¿Qué hacía allí? Temió que se hubiera enterado de lo que él había hecho, pero se dijo que era imposible, salvo que la abogada Sola Reina fuera estúpida... o bastante honrada.

Judith se sentó mientras él ocupaba su lugar en la silla giratoria. Ella no se quitó el abrigo. Llevaba el pelo suelto, recogido en los lados con unas horquillas.

—Quizás debería haber pedido cita antes. Entiendo que usted es un hombre ocupado, pero no es precisamente por su trabajo por lo que he venido... o tal vez sí.

«Ni ella sabe por qué está aquí», pensó él con ironía.

—Podría haber esperado a encontrármelo de nuevo en el autobús, pero no hubiera tenido paciencia hasta entonces. Hace ya mucho que no coincidimos y tampoco es un tema que quiera tratar en público.

Si no dejaba de andarse por las ramas, a Lucas le iba a dar una taquicardia. Luchaba por no mostrar lo que sentía y permanecer imperturbable.

—Esto es difícil para mí, pero tengo que hacerlo —continuó ella, que había comenzado a retorcer uno de sus mechones de pelo rojizo—. Imagino que usted está acostumbrado a hacer las preguntas y que los demás las respondan, pero ahora necesito que me conteste a algunas cuestiones.

Judith soltó el mechón y sacó del bolso una tarjeta de visita que dejó sobre la mesa. Quiso saber si él sabía que se verían en los juzgados cuando se la entregó.

—No —contestó él.

—Eso quise pensar. No miré la tarjeta en aquel momento. Si lo hubiera hecho, habría sabido quién era usted.

—Ya sabías quién era. El engreído trajeado del autobús. El tonto que un día pensó que ibas a quedarte con sus diez céntimos. El tipo que quiso ayudarte cuando te vio mareada en la calle.

—El abogado que había demandado al Corinto. —Suspiró y sacudió la cabeza—. Esto es demasiado complicado para mí.

—¿El qué?

—¡Todo lo relacionado con usted! —exclamó, poniéndose de pie—. Discúlpeme, pero estoy demasiado nerviosa. Tal vez debería haberme preparado por escrito todo lo que quería decirle. Lo tenía pensado, palabra por palabra, pero ahora no me sale nada. Desearía ser como usted y expresarme con calma y claridad. Debería haberlo llamado por teléfono, quizás habría sido más fácil, pero quería verlo en persona.

—Cálmate —le hizo un gesto con la mano— y deja de hablarme con tanta formalidad. Tal vez eso te ayude. ¿Qué es lo que quieres?

Judith se volvió a sentar y se inclinó hacia delante.

—Una explicación. Eso es lo que quiero.

—¿Quieres saber por qué te di mi tarjeta?

—En parte, pero eso ya me ha quedado claro al decirme que no sabía... sabías que nos habías demandado. Me alivia confirmar que no fue una broma cruel y de mal gusto. ¿Por qué estabas interesado en ayudarme aquella noche?

Lucas se encogió de hombros. Ella quería un motivo, pero no iba a dárselo. Le respondió con otra pregunta.

—¿Por qué ayudas tú a las personas mayores a bajar del autobús?

—¿Me comparas con una anciana? —quiso saber ella, alzando una ceja.

Él sonrió y no dijo nada.

—¿Y también por el mismo motivo ayudaste a Isabel? —lanzó ella.

¿Isabel? A Lucas le costó algunas décimas de segundo asociar aquel nombre al de la abogada. La sonrisa se le congeló en los labios y sintió como si lo acabase de atravesar una flecha. Lo había descubierto.

—Creo que te debo una disculpa por haberte juzgado mal —dijo Judith—. He venido a agradecerte lo que has hecho por mí, por mi hermana, por mi madre y por el Corinto. No entiendo por qué has hecho tanto por mí, una simple desconocida. Cuando supe en el juicio quién eras...

—¿Quién soy? —la interrumpió él, arrugando el ceño—. Que conocieras mi nombre completo no cambiaba lo que opinabas de mí, ¿o me equivoco?

—Quiero decir que me cuesta asociar al tipo del autobús con un hermano en la industria del koala con el abogado que nos había demandado.

Él sonrió para sí porque ella recordaba lo que le había contado sobre su hermano.

—Ester no habla nada bien de ti —prosiguió Judith—, y reconozco que no me gustó que representaras a quienes nos demandaban. Veía pocas posibilidades de evitar pagarles una indemnización hasta que Isabel nos contó lo de la discoteca. Me alegró el resultado de la sentencia. Parecía mentira que nos hubiéramos librado.

La sonrisa de Judith acarició el corazón del abogado.

—¿Y cómo has sabido...?

—Isabel fue con su familia y unos amigos a comer al restaurante el sábado. La habíamos invitado como agradecimiento y allí supe que usted... tú eras quien le había dado las claves para ganar el caso.

Lucas chascó la lengua, preguntándose por qué la abogada no había cerrado la boca, aunque debía reconocer que gracias a eso tenía a Judith en su despacho.

—Estaban tomándose el café cuando me acerqué a saludarla —explicó ella—. Me presentó a su familia y amigos e hicieron algunas bromas sobre la salmonela. Hablamos del caso y saliste en la conversación hasta que su marido soltó: «Ese mentecato ayudó a Isabel a ganar el caso». Ella lo fulminó con la mirada, aunque intentó reírse del asunto y lo reprendió por haberse bebido tres copas de vino. No obstante, me dejó confusa. Le pedí hablar un momento a solas porque temí que no reconociera la verdad delante de todos. Al principio lo negó, pero insistí y terminó confesando de mala gana que le habías servido el triunfo en bandeja de plata. No sé cómo agradecerte lo que has hecho por nosotras. Lo mínimo que se me ocurre es invitarte a comer en nuestro restaurante.

El abogado entrelazó los dedos y colocó las manos sobre el escritorio.

—¿Tu hermana también lo sabe?

—Sí, se lo conté, aunque no se lo cree. ¿Por qué has actuado así? No sé cómo pagarte. He pensado en escribir a la prensa contándoles la verdad para reparar la mala publicidad que te han dado.

—¡No! Deja a la prensa tranquila. Soy un abogado cualquiera que trata de ganar siempre, tengan o no razón mis clientes. Parece que la prensa local está tan hambrienta de noticias que se les ocurrió que yo sería un buen bocado. Por favor, déjalos fuera de esto.

—De acuerdo.

Él se quedó mirándola, recordando que aquella chica le había costado el camino hacia el departamento jurídico de Asila.

—¿No me vas a decir nada más? —quiso saber Judith.

Él sacudió la cabeza para espantar sus pensamientos, se reclinó en la silla y se encogió de hombros.

—¿Qué más quieres que te diga? Ya te has disculpado y me has dado las gracias. ¿No has venido a eso?

Estas palabras, o quizás el tono con el que fueron dichas, no cayeron bien a Judith.

—¡Vaya —puso los ojos en blanco—, qué raro que no apareciera el borde del autobús!

—Pero ¿qué más quieres?

—Saber por qué ayudaste a nuestra abogada.

—Ese no es tu problema, no voy a darte ninguna explicación —repuso con calma—. Mis razones son asunto mío. Aceptaré la invitación al restaurante si es lo que quieres.

Judith no dijo nada, a la espera de que añadiese algo más, pero no lo hizo. Lo miró directamente a los ojos en busca de una respuesta sin hallar nada especial, de modo que se levantó de la silla y suspiró.

—Está bien. Lo respetaré. Gracias por atenderme.

Él se puso de pie y le tendió la mano, ella se la estrechó con desconfianza. Seguía sin comprender al hombre que tenía delante. Le repitió que podía pasarse por el restaurante cuando quisiera y se dirigió a la puerta. Antes de tocar el picaporte, se giró.

—Quiero pensar que el motivo que me niegas no está cargado de malas intenciones. Me mirabas demasiado en el autobús. ¿Me acompañaste el viernes con la esperanza de que te llevase a mi casa y te invitase a subir?

—¿Insinúas que he hecho todo esto para acostarme contigo? Es absurdo —sonrió con ironía—. Si esa hubiera sido mi intención, tuve mi oportunidad ese viernes.

—¡Cerdo!

Judith salió del despacho a toda prisa mientras Lucas, aún de pie, repasaba mentalmente todos los adjetivos que ella le había puesto desde que se conocieron. Engreído. Pesado. Cerdo. Se sentó preguntándose cuál sería el siguiente si es que volvía a verla alguna vez. Una invitación había quedado pendiente.

\* \* \*

Marcos entraba en el portal en el mismo momento en que una chica pelirroja dentro de un abrigo marrón bajaba las escaleras, apresurada.

—¡Anda, mi madre!

—¿Perdón? —Judith levantó la vista hacia un hombre igual de alto que ella, con el pelo oscuro y largas patillas, que la miraba con los ojos muy abiertos.

—¡Eres tú! —exclamó, acercándose a ella—. Le das un aire a Sara, sí, pero tampoco te pareces tanto.

—¿De qué habla? Creo que me confunde con...

—No, no, no. Sé perfectamente quién eres. Tú y tu hermana sois las propietarias del restaurante ese al que quisieron cargar con una

salmonelosis.

Ella le preguntó quién era para conocer aquello. Él se presentó, después la sometió a un interrogatorio:

—¿Qué haces aquí? ¿Ya te has enterado? ¿Has visto a Lucas? ¿Te ha contado eso?

—¿Qué es *eso*?

—Lo que hizo.

—Sí, quería darle las gracias. Sé que le ha dado mala publicidad...

—¿Mala publicidad? —la cortó él con una sonrisa irónica—. Le ha costado perder clientes y un posible puesto en el departamento jurídico de Asila.

Judith abrió la boca sin saber qué decir.

—Él no sabía que el precio sería tan alto —continuó él—, aunque estoy seguro de que volvería a hacerlo. Lo tienes loco.

—¿Loco? —Ella negó con la cabeza—. Lo dudo mucho.

—¿No te lo ha dicho?

—Se ha negado a explicarme sus motivos. Me hubiera gustado saber por qué ha hecho tanto por mí y mi familia.

—No soy yo el más indicado para contártelo. ¿Por qué no subes y le preguntas?

—Estaba cerrado como una ostra. —Judith arrugó el ceño—. ¿Insinúas que lo hizo porque está enamorado de mí?

—Eres tú quien debería descubrirlo.

Ella se golpeó la frente con la mano.

—Ay, y acabo de llamarlo cerdo.

Marcos se echó a reír.

—Se ha jugado el pellejo, el éxito y la mejor oportunidad de su vida por librarte a ti y a tu hermana y se lo agradeces insultándolo. ¡Qué bonito, tía!

—También lo he invitado a comer al restaurante.

—Pero ¿antes o después de llamarlo cerdo?

—Antes. —Ella se quedó pensativa—. ¿No es exagerado decir que se ha jugado el pellejo?

—Los de la discoteca Lico lo amenazaron. Ellos saben que fue él quien entró en el garito, averiguó lo del cóctel y les sacó los trapos sucios.

Judith se pasó las manos por el pelo y sacudió la cabeza.

—Me siento fatal.

—Yo que tú volvería a subir. —Marcos le guiñó un ojo.

—Que esté enamorado de mí puede explicar lo que hizo, aunque no me ha dado esa impresión.

—Pero yo soy su amigo y sé lo que te digo. ¿Tú no sientes nada por él?

—No he tenido muchos puntos positivos en los que fijarme.

—Tirarse piedras en su propio tejado para dejaros ganar dirá algo a su favor. Vamos, sube, tengo una idea.

Él le contó el plan que se le acababa de ocurrir y subieron juntos. Marcos abrió la puerta, se asomó al despacho de Lucas y lo saludó. Su amigo respondió al saludo sin apartar la vista del monitor.

—¿Alguna novedad? —preguntó Marcos.

—No, salvo que ha venido Judith —contestó sin mirarlo.

—Cuenta, cuenta. —Entró y tomó asiento.

Lucas suspiró y se giró hacia su amigo.

—Se ha enterado de lo que hice.

—Eso es bueno, ¿no te parece? ¿Y qué le has dicho?

—Nada especial.

—¿No le has dicho que estás enamorado de ella?

—No sé si estoy enamorado de ella. Me gusta, sí, pero espero que se me pase pronto porque dudo que quiera estar con un tipo como yo. Piensa que soy un engreído, un pesado, un cerdo, posiblemente, hasta un estúpido, y tiene razón. Ella es guapa, amable, dulce, alegre... —Lucas suspiró.

—Confirmado —sonrió Marcos—. Estás colado por ella, tío.

—De todas formas, ha venido buscando respuestas, no un novio. —Lucas hizo un gesto con la mano dando por terminada la conversación y retomó su trabajo.

—¿Hay alguna posibilidad de que volváis a veros? —insistió Marcos.

—Me ha invitado a su restaurante —Lucas lo miró—, aunque antes de irse me ha llamado cerdo.

—¿Por qué?

—Ha pensado que mis intenciones no eran buenas. No sé si quiere volver a verme.

—¿Tío, qué le has dicho o hecho para que piense eso?

—No lo sé.

—¿Por qué has dejado que se vaya sin decirle lo que sientes?

Lucas movió la silla para quedar frente a Marcos.

—Tampoco sabía muy bien qué decirle. Esto se avisa y uno se prepara.

—En la vida real no hay ensayos, tío.



—¿Qué le hubieras dicho tú? ¿La primera vez que te vi me recordaste a mi antigua novia, de la que aún me acordaba, pero después de aquel viernes, ella ya me da igual y la que me gustas eres tú?

—¿Eso es verdad? —preguntó una voz femenina desde la puerta sin cerrar.

Lucas y Marcos dirigieron la mirada hacia la joven. Marcos se preguntó por qué no habría esperado en la sala como habían acordado.

—¿Qué haces ahí? —gruñó Lucas, que se sentía como si lo hubieran pillado desnudo sin tener con qué taparse.

—Sé que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas, aunque creo que esta me concierne bastante. ¿Es verdad lo que acabas de decir?

—Sí —reconoció él, rojo como un tomate.

—¿Esa tal Sara es la antigua novia?

—¿Cómo lo sabe? —Lucas miró con sospecha a su amigo.

—Me la he encontrado en el portal y...

—La has vuelto a subir —concluyó él.

—Se ha quedado muy confundida con tu actitud. Lo he hecho por ti, tío.

—Ya hablaremos.

—Venga, no te enfades. Os dejo solos, que tengo mucho trabajo.

Judith se apartó para dejar salir al abogado, que le guiñó un ojo al pasar, después entró en la habitación.

—Creo que ya tienes la respuesta que querías, de modo que lo mejor para ambos será que te marches —propuso Lucas, tratando de mostrarse tranquilo—. Estoy ocupado con un caso y...

—Lamento haberte insultado —lo interrumpió ella—. Lo cierto es que... me llamaste la atención la primera vez que te vi, pero en cuanto abriste la boca me pareciste tan, y perdona, tan tonto. La siguiente vez fue mejor, gracias a Dios. El desagradecido también sabía ser divertido.

—¿A dónde quieres llegar?

—Creo que es evidente.

—No veo la evidencia. Esto no es justo porque ahora juegas con ventaja.

Se dirigió hacia la ventana y miró al exterior, como si aquello lo ayudase a eludir la situación a la que tenía que enfrentarse. Judith y él estaban solos en su despacho y ahora ella conocía sus sentimientos.

—Esto me parece la situación más absurda que he vivido —comentó sin volverse—. No pretendía exponerte mis razones, pero ya las tienes gracias a mi amigo Marcos. ¿Qué quieres ahora?

La oyó moverse y supo que la tenía a la espalda.

—¿Aceptarás la invitación a mi restaurante, Lucas?

El corazón del abogado se agitó al oírla pronunciar su nombre. Apretó los labios para evitar pedirle que lo repitiera.

—Seguro que ya tienes bastante trabajo en el restaurante como para que yo te dé más —contestó él, volviéndose hacia ella.

La decepción cruzó el rostro de Judith porque entendió que rechazaba su invitación.

—Aún quiero agradecerte lo que has hecho —dijo.

—¿Tienes algo que hacer hoy al mediodía? Sin desprestigiar al Corinto, aquí cerca hay un buen restaurante al que podríamos ir a almorzar. Así podrás saldar la cuenta que crees tener pendiente conmigo.

Judith sonrió y asintió.

—No es que lo crea. Estoy en deuda contigo.

Quedaron en verse en el restaurante a las dos menos cuarto. Ella le pidió que no faltara, él le prometió que no lo haría.

—¿Y puedo fiarme de tu palabra? —preguntó Judith, inclinando la cabeza hacia un lado.

—Yo no me fiaría mucho de la palabra de un abogado como yo, pero si no aparezco en el restaurante, sabrás dónde encontrarme. Además, antes de marcharte, dile a Marcos que hemos quedado para comer y él se encargará de hacerme llegar puntual.

Ella se echó a reír.

—Me dicen esto hace una semana y no me lo creo. Voy a almorzar con el gran Lucas de la Blanca Escalera.

—No te hagas ilusiones, ahora soy el fracasado Lucas de la Blanca Escalera.

—Antes que eso, veo al engreído del autobús con un hermano en Australia y al abogado que nos ha evitado la ruina.

Él le sonrió con agradecimiento y regresó al escritorio. Se despidieron y quedaron en verse para el almuerzo.

Cuando Marcos oyó cerrarse la puerta principal, se levantó para ir a ver a su compañero. Lo encontró sentado en la silla giratoria, con los codos apoyados sobre la mesa y la cara oculta entre las manos. Quiso saber cómo le había ido.

Lucas levantó la cabeza. Su sonrisa lo delataba todo.

—¡Enhorabuena, tío! —lo felicitó Marcos.

- La culpa ha sido tuya.
- ¡Y a Dios gracias! Si no llego a intervenir, se te escapa.
- Hemos quedado para comer.
- ¿Y a mí me toca comer solo?
- No sabes tocar el violín, así que no puedes venir.
- Puedo sujetar las velas. Tío, me alegro mucho por ti.
- No es una cita. Quiere agradecerme lo que he hecho por ella.
- Por algo se empieza.

## Capítulo 9

A la hora acordada, Lucas y Judith se encontraron en la puerta de un restaurante elegante, acogedor y de buena comida, cercano al despacho del abogado. Ella, que trabajaba en el restaurante familiar y le podía la deformación profesional, hizo algunas comparaciones y sugirió varias ideas para aquel sitio.

—Disculpa, Lucas. Seguro que te aburro, pero no puedo evitarlo.

—No te preocupes.

Judith sonrió, agradecida.

—¿Te gusta la hostelería? —preguntó él, después de comerse una cucharada de arroz caldoso.

—Sí, supongo que sí. Yo tenía dieciséis años cuando a mi padre se le ocurrió la idea de montar un restaurante. Llevaba trabajando en ese sector toda su vida. Al principio, contrató a poco personal porque los cuatro trabajábamos también. El negocio fue prosperando, hubo más dinero para contratar a gente y a los dieciocho me fui a la universidad.

—¿Qué estudiaste?

—Comencé Trabajo Social, pero no acabé.

—¿Y por qué?

—Murió mi padre. Infarto fulminante.

—Oh, lo siento.

—No fue culpa tuya —sonrió Judith con pena—. Gracias. Estaba en segundo curso cuando ocurrió. Él era el alma del negocio, así que el restaurante se resintió mucho tras su muerte. Me vi en la obligación de ayudar a mi madre y a Ester para evitar que el negocio de mi padre se fuera a pique. Por eso, abandoné la carrera y regresé a Bormuja.

—¿Por qué no retomaste después tus estudios?

—Lo pensé, pero no lo hice.

—Podrías hacerlo ahora que el negocio os va mejor y os he librado de pagar un buen pellizco.

—No te imaginas la de noches sin dormir que he pasado pensando en que nos arruinábamos y no podríamos pagar la residencia de mi madre. —Bebió un trago de agua—. Tus clientes nos querían sacar hasta las tripas.

—Lo sé. Ellos os querían sacar las tripas y yo les sugerí también el hígado y el páncreas.

—Creo que mi hermana tiene razón cuando dice que eres un buitre —rio ella.

—Es cierto —reconoció él con seriedad—. Si tú no hubieras estado implicada, habría hecho todo lo posible por hacer ganar a mis clientes.

Judith frunció el entrecejo y le preguntó si no le hubiera importado arruinar a un negocio inocente. Él negó con la cabeza.

—¿Y no crees que puedes hacerlo mejor? —sugirió ella.

—Sí, pero mi objetivo es ganar a toda costa.

—¿Caiga quien caiga y pasando por encima de la verdad?

Ella detectó que él no quería seguir hablando de aquello, a pesar de que asintió.

—Dos años después de la muerte de mi padre —contó ella, cambiando de tema—, le diagnosticaron a mi madre Alzheimer precoz y mi hermana y yo solas nos hicimos cargo del Corinto. Ser trabajadora social quedó como un sueño frustrado.

—Aún estás a tiempo de seguir estudiando —la animó él.

—Pero tendría que irme de Bormuja, dejar sola a Ester con el negocio...

—Tu hermana ya es mayor.

—Sí, pero le da seguridad saber que estoy con ella dirigiendo el restaurante. Además, dejaría sola a mi madre. Ester casi nunca la visita. Soy yo quien va a verla cada mañana.

—¿Y si estudias a distancia?

—No lo había pensado.

Siguieron hablando sobre las posibilidades que ella tenía de retomar su carrera, después él le contó varias anécdotas de su época universitaria y de sus primeros años como abogado, haciéndola reír.

—Esto no quita que pases algún día por el Corinto —dijo ella al salir a la calle.

—Tampoco para que quedemos otro día a comer. ¿Qué tal mañana?

—Complicado, me toca estar en el restaurante.

—¿Y para desayunar? —aventuró él, que no estaba dispuesto a rendirse aún—. Puedes pasar cuando vayas hacia la residencia para ver a tu madre.

—De acuerdo.

Al día siguiente se encontraron en una cafetería, casi enfrente del despacho de abogados. Lucas estaba sentado en una mesa al fondo del local cuando Judith entró. Lo buscó entre la gente y se dirigió hacia él.

Llevaba el pelo recogido en una coleta, un vestido de lana amarillo, unas gruesas medias marrones, botas de tacón del mismo color y su abrigo. Él vestía un traje de chaqueta verde y su abrigo negro descansaba en el respaldo de la silla. Se saludaron y ella se sentó. Él notó que tenía ojeras y que su mirada estaba triste. Quiso saber qué le ocurría.

—Anoche hablé con Ester sobre ti —contestó Judith.

—¿Le contaste que comiste con la sanguijuela miserable?

—¿No fue eso lo que te llamó en algún momento?

—Sí, tanto título no se olvida con facilidad —sonrió él—. Cuéntame.

—Se puso furiosa. Es una mujer con carácter, pero nunca la había visto tan cabreada. No cree que nos ayudases a ganar el juicio. Dijo que tú no eres la clase de persona que haría algo bueno por otros sin esperar nada a cambio. Casi me suelta una bofetada cuando te defendí.

Una camarera se acercó para tomarles nota. Apuntó dos cafés con leche y dos tostadas de aceite de oliva y tomate.

—Luego le conté —continuó Judith cuando la camarera se alejó— que me habías animado a seguir estudiando Trabajo Social. Quería demostrarle que no eres tan malo como te pinta y me dio la sensación de que eso le cayó peor que el hecho de haber almorzado contigo. Se enfureció aún más y se encerró en su dormitorio dando un portazo. No he vuelto a verla.

—Siento que hayas tenido una discusión con tu hermana. Ah, te he traído algo.

Cogió su maletín del suelo, lo abrió, sacó un folleto y se lo tendió.

—Aquí tienes todas las carreras que pueden estudiarse a distancia, cómo matricularse, etcétera.

—Gracias. No tenías que molestarte.

En aquel momento la camarera les sirvió y no tardaron en empezar a comer. Lucas la observaba con una sonrisa mientras ella ojeaba el folleto. Tras el desayuno, la acompañó a la parada del autobús y se quedó con ella hasta que llegó el medio de transporte que la llevaría a la residencia.

\* \* \*

Un par de semanas después ocurrió algo inesperado. Aquella tarde, Lucas estaba en su despacho, preparando una documentación que debía entregar a un cliente, cuando alguien llamó al timbre. Pensó que sería una visita para Marcos porque él no tenía ninguna cita concertada. Oyó a su amigo abrir la puerta.

—¿Está el señor de la Blanca Escalera?

Lucas reconoció la voz al instante. Era el dueño de la discoteca Lico, Adán Toro Calzado. Por un momento, temió que hubiera ido a partirle las piernas.

—¿De parte de quién? —preguntó Marcos con desconfianza.

—Él me conoce.

—Espere un momento.

El abogado fue en busca de su amigo. Asomó la cabeza en su despacho y, antes de que pudiera hablar, Lucas le pidió que no lo dejara a solas con él. Marcos abrió la boca para preguntar, pero el recién llegado lo hizo a un lado para entrar en el despacho. Saludó y se sentó mientras Marcos se quedaba dentro, fingiendo buscar un libro en las estanterías del fondo.

—¿Qué desea? —preguntó con seriedad Lucas al recién llegado.

—Supongo que sabrá que un matrimonio ha demandado a mi local por causarles una salmonelosis, de modo que he pensado que es usted un buen candidato para representarme.

—¿Qué tiene que alegar en su defensa?

—Que mis cócteles carecen de huevo y no son portadores de salmonela.

—Ambos sabemos que eso no es cierto. Su especialidad de la casa, la que probaron los intoxicados, contiene huevo crudo.

—El huevo por sí solo no justifica una salmonelosis.

—Tampoco es un caso aislado. ¿Y qué me dice de la higiene de su local?

—Señor de la Blanca, estoy tratando de ser razonable. —Puso las manos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante—. Usted me metió en esto, aunque la prensa opine lo contrario, y usted me sacará.

—Tengo el derecho, mejor dicho, tengo el privilegio de poder elegir a mis clientes y no quiero representarle. Hay más abogados en la ciudad y seguro que alguno estará encantado de ayudarle.

—No me ha comprendido. Le quiero a usted. ¿Se lo explico de nuevo?

—¿Usted no me ha oído? No quiero representarle.

—No tiene elección, ¿entiende?

—Hace unas semanas me mandó a dos de sus gorilas. Sus amenazas no me asustan. Puedo denunciarle y llevará las de perder.

—Quiero hacer esto por las buenas —dijo Adán Toro con calma, reclinándose en la silla—, aunque usted me lo está poniendo difícil. Soy un hombre pacífico, pero cuando me tocan las narices, respondo. Le estoy dando la oportunidad de enmendar el daño que me ha hecho.

—No tengo nada que enmendar con usted. Si prepara cócteles tóxicos, cargue con las consecuencias. No voy a representarle.

—¿Cuáles son sus honorarios? Le pagaré el doble.

—Le he dicho que no.

—El triple.

—Pero ¿está sordo?

—Usted lo ha querido. —Asintió y se levantó—. Si usted hubiera accedido a representarme, le hubiera pagado muy bien sus honorarios. Como no ha querido hacerlo, también cobrará.

—Eso suena a amenaza.

—Demuéstrelo —lo desafió con burla antes cruzar el umbral.

No era la primera vez que el abogado recibía amenazas, pero se quedó preocupado. Compartió parte de su turbación con su amigo y compañero de piso, que había sido testigo del hecho. Sin embargo, ni el dueño ni sus gorilas dieron señales de vida en los días siguientes, por lo que Lucas olvidó las amenazas.



## Capítulo 10

Transcurrían las semanas y los meses, y su amistad con Judith iba creciendo, a pesar de que la vida laboral de ambos les robaba demasiado tiempo. Cuando podían, desayunaban juntos y los lunes, como el Corinto estaba cerrado, solían quedar para almorzar. Cuando no, hablaban por teléfono o se enviaban mensajes.

Una mañana de lluvia, un cliente salía satisfecho del despacho de Lucas. Al acompañarlo a la puerta, el abogado vio a Judith en la sala de espera, ojeando una revista. Despidió al cliente y la saludó con alegría, dándole dos besos.

—¡Qué grata sorpresa!

—Te gusta el arte moderno, ¿verdad? —comentó ella, mirando hacia uno de los cuadros de la sala—. Han abierto una exposición temporal en el museo. Tal vez podríamos ir a verla.

Él detectó que la mirada de Judith carecía de brillo, que no sonreía y que su tono sonaba apagado.

—Me encantaría, aunque intuyo que no has venido por eso. ¿O es que quieres que vayamos ahora mismo?

Ella negó con la cabeza.

—No quiero molestarte, pero... necesitaba verte.

—Pareces triste.

—Y no debería estarlo, me han aceptado en la universidad.

Lucas le dio un abrazo, la felicitó y la hizo pasar al despacho.

—No sabes lo que te agradezco que me animases a seguir estudiando. Estoy muy contenta. Podrán convalidarme la mayoría de las asignaturas que aprobé en su día.

—Yo te podré ayudar con Derecho. Algo sé al respecto, un poco, pero algo.

—¿Un poco? —repitió ella, esbozando una leve sonrisa.

—¿Qué te pasa? —quiso saber él, sentándose a su lado.

—He visto el correo de admisión esta mañana y mi hermana me ha oído chillar de alegría. Me ha preguntado y, al decírselo, se ha quedado muy seria y me ha mirado como si... no sé... como si me acabase de alistar en un grupo terrorista.

—Pero si ya se lo habías contado.

—Sí, aunque me desanimó y me dijo que no me cogerían, aparte de que te culpó de llenarme la cabeza de pájaros. Supongo que esto ha mermado sus esperanzas de que no pueda cumplir mi sueño.

Él frunció el ceño.

—Me resulta extraño que tu hermana no se alegre de que continúes tus estudios.

—Creo que, como fue idea tuya, no le gusta que te haya hecho caso. Hoy ha vuelto a echarme en cara el haberte escuchado y me ha preguntado si te he vuelto a ver. Le he dicho la verdad y se ha cabreado. De hecho, me ha prohibido verte y me ha recordado lo despreciable que eres. He intentado explicarle que no eres como ella piensa, pero dice que me estás engañando para aprovecharte de mí.

—¿Tú lo crees?

—No. También me ha dicho que voy a dejar de rendir en el restaurante y que necesitamos personal, que por mi culpa se va a hundir el negocio de papá, que no voy a ser capaz de estudiar y trabajar a la vez...

Judith guardó silencio y bajó la mirada.

—¿Quieres que comamos juntos para celebrar tu entrada en la universidad? —sugirió él, dándole un suave apretón en el hombro.

Ella puso los ojos en blanco.

—Tengo que trabajar.

—Entonces vayamos ahora mismo a tomarnos algo. —Lucas se puso de pie y la cogió de la mano para hacerla levantarse.

—¿Y tu trabajo? No quiero que...

—No me has pillado en medio de una operación a corazón abierto. Puedo escaparme un rato contigo.

Judith sonrió y le dijo que era un buen amigo.

—¿Qué te pasa? —quiso saber ella al ver que él se había quedado mirándola de forma extraña.

—Creo que la he cagado.

—¿Por qué?

—Me has dicho que soy un buen amigo.

—Lo eres.

—No, no, no puede ser.

—¿El qué?

—Ahora que nos conocemos más... no me digas que solo me ves como un buen amigo. —Se acercó más a ella y le alzó la barbilla hasta que la punta de su nariz rozó la suya—. Judith, sigo colado por ti.

Sintió el impulso de besarla, pero se contuvo. A veces le había parecido que ella le correspondía, aunque no se lo había confirmado. Su corazón latía con fuerza mientras, perdido en su mirada, esperaba que ella respondiera.

—Claro que veo en ti algo más que un buen amigo. —Ella sonrió—. Ya te había echado el ojo en el autobús, aunque conocerte mejor ha sido la clave para enamorarme de ti.

La distancia entre sus labios se redujo y se besaron.

—Mañana me van a apedrear en la Plaza Mayor de Bormuja —comentó Judith, apoyando la mejilla en el pecho de Lucas.

—¿Por qué lo dices?

—Los mandará Ester cuando sepa esto.

Él la besó en el pelo.

—Espera a que se le pase el enfado.

—No sé por qué se pone tan furiosa. Tendrá que conocerte y olvidarse de que eres el abogado de la Blanca Escalera y verte como Lucas.

—¿Quieres que se lo digamos juntos?

—Prefiero hacerlo sola.

—A tu gusto, amor.

\* \* \*

Judith vivía en una nube de felicidad, ensombrecida por el enfado de su hermana, que seguía sin aceptar su decisión de estudiar. Viendo que los días no mejoraban su ánimo, decidió hablar con ella.

Ester estaba preparándose el desayuno cuando Judith entró en la cocina. La saludó, pero su hermana no respondió y continuó llenando el tazón de cereales, ignorando su presencia.

—¿Vas a estar de morros conmigo siempre? —quiso saber Judith.

—No, solo hasta que abandones esa estúpida idea de estudiar. —Dejó a un lado la bolsa de cereales y sacó una cuchara del cajón de los cubiertos.

—Deberías alegrarte de que vaya a continuar mi carrera. Sabes que mi ilusión era ser trabajadora social.

—Y la mía ser modelo y me tuve que aguantar.

Judith bufó al comprender que no sería fácil hablar con su hermana.

—Sé que te molesta que la idea me la diera Lucas...

—¡No vuelvas a nombrar a ese demonio! —gritó fuera de sí, amenazándola con la cuchara—. Te prohibí verlo. ¿Me has hecho caso?

—No, de hecho, es mi novio.

—¿Tu QUÉ?

Ester comenzó a respirar ruidosamente, con los ojos tan abiertos que parecía que se le iban a salir.

—Mi novio —repitió Judith con calma—. Quisiera que dejases de verlo como el abogado de la Blanca Escalera e hicieras un esfuerzo por conocer a Lucas. No es como piensas.

—¡Antes preferiría morirme! —Lanzó la cuchara al suelo—. ¡Aléjate de ese ruin ahora mismo!

—No lo voy a dejar porque a ti no te guste.

—¡Estoy intentando protegerte de esa ave de rapiña sin corazón! Tú no lo conoces. ¿No te das cuenta de que nos hubiera arruinado si nuestra abogada no hubiera sido más lista que él? Estará contigo hasta que se canse o le des lo que buscan los hombres.

—Te equivocas.

—¡Qué inocente eres! ¡Te va a hacer mucho daño! ¡Solo sabe hacer daño!

—¿Qué tienes en su contra?

Pero su hermana no le contestó, sino que sacudió la cabeza y la miró con los ojos entrecerrados.

—Lo siento mucho por ti, Judith.

Y salió de la cocina olvidándose del desayuno.

## Capítulo 11

A pesar de la oposición de su hermana, Judith siguió con Lucas y comenzó sus estudios a distancia unos meses más tarde. Estaba ilusionada y los ánimos de Lucas y de algunos amigos la ayudaban mucho. Agradecía tener apoyo, aunque le dolía que su hermana no aceptase sus decisiones. La frialdad y el desprecio se habían convertido en la manera habitual con la que la trataba.

Para colmo, cada vez que estudiaba en casa, Ester ponía la música más alta de lo habitual, hacía ruido o le hablaba. Judith tenía buena capacidad de concentración y tapones para los oídos, pero a veces era imposible. Pronto comprendió que trataba de presionarla para que abandonase la carrera. Aquello la hacía sufrir y Lucas era su paño de lágrimas, pero se negó a que él hablase con su hermana.

Su rendimiento en el restaurante era el mismo de siempre, aunque tenía que robarle horas al sueño para estudiar con tranquilidad. Lucas no tardó en notar las ojeras en su rostro.

Un jueves que habían quedado para desayunar en la misma cafetería de siempre le anunció que tenía una sorpresa para ella.

—Ahora no te la puedo enseñar —contestó él después de darle un bocado a la tostada—. Tendrás que acompañarme al despacho.

Acabado el desayuno, en vez de dirigirse a la parada del autobús como acostumbraban, fueron a su despacho. Lucas la hizo pasar a la sala de espera. Un biombo de madera ocultaba una silla y una mesa.

—¿Por qué hay una mesa y una silla en este rincón del fondo? —preguntó ella—. ¿Has contratado a una secretaria?

—Es para ti. Sé que estudias por las mañanas antes y después de visitar a tu madre, por la tarde cuando puedes y por las noches cuando regresáis de

cerrar el restaurante. Por eso, se me ocurrió que, si querías venirte aquí, era mejor tener el mobiliario adecuado.

—¿Me estás ofreciendo que venga aquí a estudiar por la mañana?

—Mañana, tarde, noche o cuando quieras. —Él se encogió de hombros—. Solo tienes que decírmelo. Aquí no te molestará tu hermana con su música, sus ruidos y sus charlas.

Judith se acercó a la mesa, pasó la mano por la superficie y se sentó en la silla.

—¿Y qué pasará cuando vengan clientes?

—Lo cierto es que esta sala no ha estado nunca concurrida. —Él se apoyó en el borde de la mesa—. Como mucho esperan una o dos personas de vez en cuando. Los clientes suelen llegar a su hora y los atendemos directamente.

—Muchas gracias, cariño. ¿Y no haré que vuestros clientes se sientan violentos?

—Ellos no tienen por qué saber quién eres ni lo que haces. Marcos también está de acuerdo.

—Te lo agradezco mucho y a Marcos, también. Seguro que aquí estaré más tranquila, aunque había pensado en ir a la biblioteca cuando llegue el periodo de exámenes.

Ella se levantó y lo besó, luego se despidió para ir a la residencia.

—También tengo otra sorpresa para ti —anunció él—: acompañarte hoy a ver a tu madre.

Judith abrió la boca con sorpresa y lo abrazó dándole las gracias. Él sabía lo importante que era para ella que la acompañase, así que había decidido que el momento había llegado.

\* \* \*

La entrada de la residencia tenía un amplio jardín lleno de árboles, arbustos y flores. Al fondo se alzaba un edificio de dos plantas al que se accedía por un camino de losas. Una puerta automática de cristal se abrió, dejándoles paso a una amplia sala pintada de naranja pálido, donde había un mostrador y un hombre vestido con un uniforme azul, que los saludó.

—Hoy traes compañía —comentó el recepcionista, luego se rascó la barbilla—. Su cara me suena. ¿Dónde lo he visto yo?

Lucas le sonrió y cogió a Judith de la mano para que se alejasen.

—¿A qué viene tanta prisa? —quiso saber ella.  
—No quiero que me reconozca. Ese hombre fue cliente tuyo.  
—¿Cliente mío?  
—Sí, en la boda de Mateo del Arco y Rut Enio.  
—Ah. ¿Y fue uno de los afectados?  
—Sí.  
—Nunca me ha dicho nada.  
—Tal vez no sepa dónde trabajas.

Ella lo llevó por un pasillo hasta un salón espacioso, cuyo mobiliario consistía en sillas, sillones y sofás. Una pantalla de televisión a un lado mostraba un programa de cocina, aunque pocos le prestaban atención. El abogado la observó saludar con alegría a todo el que se encontraba.

Hacía mucho tiempo que Lucas no se enfrentaba a la realidad de la vejez y todo lo que vio lo dejó pensativo. Varios ancianos dormían con la barbilla apoyada sobre el pecho, algunos miraban al infinito sin hacer nada especial, uno llamaba a gritos a un enfermero, otro no dejaba de balancearse mientras canturreaba, dos estaban conectados a una máquina de oxígeno y una anciana coloreaba un libro infantil.

La mayoría utilizaba silla de ruedas o andador, unos pocos, bastón. Por un momento, quiso salir corriendo. Deseó no llegar nunca a envejecer, pero no tardó en percibir cómo brillaban algunos rostros al saludar a la joven que les mostraba una sonrisa llena de vitalidad. Era como si ella fuera inundando de color un cuadro gris.

Sí, ella colmaba de color aquello a lo que se acercaba. ¿No era eso lo que había hecho con él? Lucas era consciente de que no era el mismo de hacía unos meses. Sin darse cuenta, ella lo había ayudado a olvidarse de sí mismo y ofrecer su mejor versión. Ya no aceptaba casos en los que no creyera y se esforzaba por ser fiel a la verdad.

—Ahí está —anunció Judith mientras lo llevaba hacia una mujer de unos setenta años, sentada en una silla de ruedas, con el pelo blanco, los ojos cerrados y el rostro redondo y arrugado.

Sacudió suavemente a la anciana por el hombro, que abrió los ojos con lentitud y miró sin decir nada a su hija. Ella le dio dos besos y la saludó, después le presentó a Lucas.

Judith miró sonriendo al abogado, luego llevó a su madre hasta la entrada. Le colocó bien la manta que tenía sobre las piernas antes de salir al

jardín. El sol había ascendido, el cielo estaba despejado y la temperatura era agradable.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó él, que caminaba a su lado.

—¿El qué?

—Tener esa fortaleza, esa alegría, ese..., no sé..., mostrarle a todo el mundo que la vida es maravillosa.

—La vida es maravillosa, aunque haya días malos.

—Si yo viera a mi madre o a mi padre así, o como algunos de esos ancianos de ahí dentro, me deprimiría.

—¿Y qué quieres que haga, cariño? ¿Acabar con ella? Ella cuidó de mí cuando yo era un bebé que ni razonaba ni sabía dónde estaba. Ahora me toca a mí hacer lo mismo. Internarla aquí fue una decisión muy difícil, créeme.

—¿Cómo vas a acabar con ella? No, no, no. No quería decir eso.

—Tampoco voy a cerrar los ojos a la realidad y no venir a verla como hace Ester.

—Es estupendo que la visites a diario. Lo que quería decir es que no sé de dónde sacas esa fortaleza.

—Ya conoces mi secreto. —Judith le sonrió mientras ponía una mano sobre la pequeña cruz que siempre colgaba de su cuello.

En aquel momento se cruzaron con una mujer con el rostro plagado de arrugas y el pelo rizado, que paseaba en una silla de ruedas a un hombre calvo de ojos claros. Judith los saludó y se paró a hablar con ellos.

—Hoy traes compañía —observó la mujer—. ¿Es tu novio?

—Sí. Se llama Lucas.

—Es muy guapo.

Después de una breve charla, se despidieron y continuaron el paseo.

—Son un matrimonio que vive aquí en la residencia —comentó ella—. ¿No te gustaría que fuéramos así dentro de cincuenta años?

—¿Viviendo en una residencia? —Él enarcó las cejas.

—O donde sea. Me refiero a que si nos cuidaremos el uno al otro cuando seamos mayores.

Lucas se detuvo. Descubrió, por primera vez, que quería pasar el resto de su vida con Judith. De pronto, no le dio miedo envejecer si era junto a ella.

La hizo soltar la silla de ruedas y la abrazó.

—Te quiero —le dijo al oído.



—Yo a ti también —contestó ella antes de darle un beso—. Es la primera vez que me dices que me quieres. Ya lo había supuesto, pero me ha encantado oírlo. ¿Lo puedes repetir?

Y se lo repitió. Además, le prometió que, cuando fuera una anciana arrugada y de pelo blanco, cuidaría de ella, aunque no se acordara de él.

—Tú no tienes que prometerme nada porque sé que lo harás —añadió.

Judith sonrió.

—Vaya, así que quieres estar conmigo para que te cuide gratis.

—¿Gratis? Pagaré aguantándote durante cincuenta años.

Ambos se echaron a reír. Después Judith le preguntó si quería llevar a su madre. Él cogió la silla y vio que en el respaldo estaba escrito con tinta blanca el nombre completo de la mujer, Belén Carrillo Redondo.

—Pensé que era más complicado —comentó.

—Como ves, no hace falta un máster —bromeó—. Mamá, ¿has visto quién te pasea? Lucas.

—¿Quién?

—Lucas.

—¿Quién?

—Mi novio.

—¿Tú?

—No, Lucas. Yo voy a tu lado.

—¿Quién me lleva?

—Lucas.

Judith se detuvo a saludar a un anciano que caminaba con la ayuda de un bastón, después a un hombre que paseaba con su padre, a dos ancianas que estaban sentadas bajo un árbol y a varias personas más. Lucas observó cómo su sonrisa se contagiaba, cómo trataba de consolar a los que estaban enfermos, cómo bromeaba con otros. Contemplarla hizo que se enamorase más de ella. Se dio cuenta de que la certeza que lo había golpeado al descubrir que la quería no era un arrebató pasajero, sino que ella era la única mujer a la que quería amar.

Cuando volvieron a caminar sin interrupciones, él comentó que parecía una famosa.

—Como vengo todos los días, conozco a todo el mundo.

—Tu madre tiene mucha suerte de tenerte.

—Si tú lo dices...

—Es cierto. Seguro que algunos pasan semanas esperando a que alguien los visite.

—Hay un grupo de voluntarios que viene una vez por semana a hacer actividades con los ancianos: manualidades, teatro, bingo, juegos...

—Una vez representé a una familia que demandaba a la residencia en la que estaba su abuelo porque decían que le habían administrado un tratamiento que le había originado daños en el hígado.

—¿Era verdad?

—Los del centro lo negaban, pero yo demostré la relación entre el daño hepático y la medicación gracias al testimonio de un médico y un informe. Además, incluí la omisión de derechos del paciente al no informarlo adecuadamente de los riesgos del tratamiento. El juez nos dio la razón y tuvieron que pagarles una indemnización.

—Espero que aquí no pase eso. Buscamos una residencia en la que cuidaran bien de mi madre.

Lucas se encogió de hombros. Judith recolocó la manta a su madre y dijo que era hora de volver. La llevaron de nuevo a la sala en la que estaba y se sentaron a su lado. Judith le preguntó a su madre si le había gustado el paseo. La anciana no contestó. No obstante, hizo otro intento por hacerla hablar:

—¿Quieres que este hombre tan simpático y guapo venga otro día?

—Sí.

Judith se inclinó sobre su madre y le dio un sonoro beso en la mejilla. Luego le pidió uno para ella. La mujer tardó un poco, pero logró rozar con los labios la cara de su hija.

—¿Le das un beso también a Lucas? —le pidió a su madre.

—¿A quién?

—A él.

Belén asintió. Lucas se levantó, se acercó a ella y le puso la cara. La mujer hizo lo mismo que con su hija, se limitó a aproximar los labios.

—Gracias, Belén —dijo él—. Ha sido un placer conocerla. Tiene usted una hija maravillosa.

—Puedes tutear a mi madre, cariño.

Judith cogió la mano de su madre y le contó que Lucas le había buscado un lugar donde estudiar sin que Ester la molestase. Se marcharon después de un rato.

Al salir a la calle, Lucas le agradeció haberlo llevado a visitar a su madre.

—Me ha dado la impresión de que al principio te parecía horrible ese sitio —comentó ella.

—¿Horrible? No sé si esa es la palabra. Triste, tal vez, pero solo al principio. Ahora van a hablar de ti. Ya ves cómo les ha llamado la atención verte acompañada.

—Suelo venir sola. Me duele que Ester se niegue a visitarla con la excusa de que le da pena ver cómo está.

—¿Y en invierno también paseas a tu madre?

—Hay un patio interior que está cubierto para los días de frío.

—Piensan en todo.

A partir de aquel día, todas las mañanas que el trabajo se lo permitía, Lucas acompañaba a Judith a la residencia. Ella, por su parte, modificó ligeramente su horario. Después de la visita a su madre con o sin Lucas, aunque prefería ir con él, iba al despacho y estudiaba hasta el mediodía. También acudía algunas tardes.

Y, en efecto, los clientes no fueron un problema. De todos modos, ella se colocaba tapones en los oídos y se evadía sin darse cuenta hasta el punto de no oír el timbre. Los clientes no solían molestarla, aunque a veces la tomaban por la secretaria.

—¿Cuál es el despacho del abogado Marcos Puertas? Tengo una cita con él a las once y media —le preguntaron una vez.

—Esa de ahí —respondió ella, señalando la puerta y riéndose para sus adentros—. Enseguida le atenderá.

Otro día una mujer le pidió si podía cambiarle una cita con el abogado de la Blanca. Ella la mandó al despacho de Lucas y continuó estudiando. Respondía a lo que sabía y solía tomarse con humor las confusiones, aunque bromeó con Lucas sobre la posibilidad de llevarse un extra por hacer de secretaria.

\* \* \*

A Ester la extrañó que su hermana alargase tanto las visitas a la residencia, pero se abstuvo de preguntar al respecto. Sabía que Judith no le mentía nunca, que le decía la verdad o se callaba, pero no inventaba a la hora de responder.

Desaparecía por las mañanas, trabajaba al mediodía en el restaurante, se ausentaba por las tardes, trabajaba de nuevo por la noche y, al volver a casa, se encerraba en su habitación. Las veces que Ester se levantaba de madrugada para ir al baño o a por un vaso de agua y veía luz por debajo de la puerta de su hermana, intuía que se encontraba estudiando. Aquello la enfurecía y, cuando al día siguiente la veía bostezar, la regañaba.

—No descansas, estás todo el día ocupada. Ya te has divertido jugando a ser otra vez universitaria. Pon los pies en la tierra y déjalo. Vas a caer enferma.

—No, Ester. Quiero ser trabajadora social y voy a conseguirlo, aunque me cueste.

—¿Y qué vas a ganar con eso? ¿Para qué quieres un papel que diga que eres trabajadora social?

—No solo se trata de un papel. Buscaré un trabajo de lo mío.

—Y dejarás colgado el negocio que tu padre levantó con tanto esfuerzo. Si levantara la cabeza, se avergonzaría de ti.

—No, papá estaría orgulloso de mí. Lo sé.

Ester apretó la mandíbula con rabia.

—¿Hasta cuándo vas a alargarme este tormento?

—Yo también estoy sufriendo a causa de tu testarudez.

—La culpa la tiene ese escarabajo pelotero que te llenó la cabeza de ideas tontas. ¿Sigues con él?

Como Lucas no iba al restaurante ni tampoco recogía a Judith en casa, Ester no podía saber con seguridad si mantenían la relación.

—Sí, seguimos juntos. Vista tu actitud con él no me atrevo a que coincidáis en el mismo espacio, aunque me gustaría que os conocierais.

—¡Nunca! Ya conozco todo lo que tengo que conocer de ese inmundo insecto. Ojalá abras los ojos algún día.

—Creo que eres tú la que debería abrir los ojos.

\* \* \*

Por la prensa local, Lucas supo meses después que se había celebrado el juicio contra la discoteca Lico y había perdido el caso, teniendo que pagar una gran indemnización al matrimonio y a los invitados intoxicados, aunque el local seguiría abierto.

Al día siguiente, él viajó a las afueras de Bormuja a visitar una compañía de seguros para uno de sus casos y aparcó en la calle. Cuando regresó, encontró las ruedas del coche rajadas, las lunas, hechas añicos y la tapicería, manchada con pintura blanca.

Ni testigos oculares ni cámaras en los alrededores. No obstante, él intuyó que no era casualidad ni un acto de vandalismo repentino. Enseguida llamó a la policía para efectuar una denuncia.

Cuando estaba esperando a la grúa, descubrió que Marcos lo había llamado varias veces.

—¿Qué pasa? —preguntó al oír a su compañero descolgar.

—Tío, han entrado y han destrozado tu despacho.

—¿¡Qué!?

—He llamado a la policía. Solo ha sido tu despacho. Está todo por el suelo, se han ensañado con los muebles, le han prendido fuego a varios libros y papeles, han pintado con espray y han rajado tus cuadros.

—¡Mis cuadros! Costaban una pasta.

—Lo siento, tío. Me parece que los del Lico han cumplido su amenaza. Gracias a Dios que no estabas. No quiero ni pensar en lo que te habrían hecho si te hubieran encontrado. Pensé que habrían entrado a robar cuando me he encontrado la puerta abierta y forzada.

Lucas le contó lo que le habían hecho a su coche.

Sin embargo, a pesar de las denuncias y por muy abogado que él fuera, no encontraron pruebas que vincularan a nadie de la discoteca Lico.

## Capítulo 12

Judith superó con éxito sus primeros exámenes. Su esfuerzo veía por fin recompensa. Se lo contó a Lucas, a su madre, a sus amigos y hasta a algunos empleados del restaurante. Ester se enteró porque pasó cerca del grupo de camareros que felicitaban a su hermana.

—¿Has aprobado? —preguntó con sequedad.

Judith asintió.

—¿Y te vas a tomar el día libre por ello? —farfulló Ester.

—No.

—¡Todos a trabajar! —chilló Ester para dispersar al grupo.

—Lleva un tiempo que no hay quien la aguante —comentó un camarero.

—¿Qué le pasa a tu hermana? —quiso saber una de las camareras, llamada Lidia Lobo Manchado.

—Se ve que no se alegra mucho por mí. —Judith se encogió de hombros.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Lidia Lobo conocía a las dos hermanas desde hacía más de tres años y le extrañó la reacción de Ester, al igual que le había llamado la atención que la relación entre ambas no fuera como antes. De modo que, cuando se encontró con Ester en los servicios, no pudo evitar preguntarle al respecto.

—¿Ella te ha pedido que me saques el tema? —quiso saber Ester de mal humor.

—No. Es cosa mía al no verte muy contenta por su éxito.

—¿Quieres que dé saltos de alegría?

—Tampoco es eso, pero...

—Pero ¿qué? No, no me alegro. Esperaba que suspendiera y se desanimara. Ha estado estudiando en contra de mi voluntad.

—Se la ve muy ilusionada...

—Me da igual. No quiero que estudie.

—¿Por eso llevas meses tratándola a patadas y hablándole de malas formas?

Aquella camarera no entendería que se oponía a los estudios de Judith porque habían venido inspirados por un abogado llamado Lucas de la Blanca Escalera. Ester sabía que, si la idea hubiera partido por iniciativa propia de su hermana, habría terminado aceptándola, aunque al principio le hubiera parecido un disparate.

Ambas tenían asegurado su futuro laboral con el restaurante. Era absurdo preocuparse por estudiar una carrera. No obstante, conociendo a su hermana, no le hubiera extrañado que hubiese acabado cansada de servir mesas, estar entre fogones y dirigir un negocio tan exigente. La cuestión era que la idea no había salido de Judith, sino del insolente abogado que la había seducido.

Miró a la camarera directamente a los ojos y resopló. No iba a explicarle sus motivos a una empleada. Ni a una empleada ni a nadie. Ni siquiera se los revelaba a su propia hermana. Sus razones estaban demasiado arraigadas en su alma como para compartirlas con nadie.

—Porque no quiero y punto —le espetó, luego la apuntó con el índice—. Y como vuelvas a meter las narices donde nadie te llama, te mandaré a la puerta de la calle. Cómo trate a mi hermana no es asunto tuyo, ¿te queda claro? —Y salió del aseo.

Los clientes terminaron sus almuerzos y cerraron el restaurante hasta el turno de cenas. Ester estaba apagando las luces cuando escuchó a Judith despedirse mientras se dirigía a la puerta con paso rápido. La llamó. Judith se giró.

—¿Vas a venir a casa? —le preguntó, aunque suponía la respuesta.

—No.

—¿A dónde vas? Ya no tendrás que estudiar.

Judith miró en silencio a su hermana. Le dolía profundamente su actitud, pero no podía hacer nada por remediarla. Las vías de diálogo se habían agotado hacía meses y la esperanza de un cambio era cada día menor.

—Nos vemos en el turno de cenas —contestó, y continuó su camino.

—¿Has quedado con ese sucio piojo?

Judith se detuvo junto a la puerta y se dio la vuelta.

—No sé de quién me hablas.

—Claro que lo sabes.

—Entonces, llámalo por su nombre, por favor.

—Has quedado, ¿sí o no?

—Ester, ¿de verdad quieres saberlo?

—¿Eso es un sí? —insistió su hermana, acercándose a ella.

—Sí. Voy a celebrar con él mis aprobados. Al menos, Lucas se alegra por mí.

—¡Qué ingenua eres! Es abogado, no puedes creer nada que salga de su boca.

—Isabel Sola Reina era abogada y confiamos en ella.

—No estamos hablando de Isabel Sola Reina, sino de Lucas de la Blanca Escalera.

—¿Todavía sigues pensando que se quiere aprovechar de mí? ¿No te parece que ya ha pasado demasiado tiempo para eso?

—Tal vez le gusten las pelirrojas y tienes la suerte de que no hay muchas en esta ciudad. Estará contigo hasta que encuentre a otra. Eres la zorra del ser más repugnante que ha pisado este planeta.

—Retira eso, por favor.

—Menos mal que mamá está enferma y no se entera de nada. Sufriría al ver en lo que se ha convertido su hija.

—No sabes lo que dices.

—Sufriría al ver que has roto la relación con tu hermana por esa babosa repelente.

—No es culpa mía. Si al menos...

—Sí, es culpa tuya. ¿Cómo pudiste poner los ojos en un tío así? Es lo más maquiavélico que ha visto la luz del sol.

—¡Deja de hablar de Lucas de esa forma! ¡Dialogar contigo es imposible! ¡No voy a dejar que me robes mi alegría! —exclamó Judith, dándole la espalda a su hermana para alejarse deprisa antes de que las lágrimas le brotasen.

\* \* \*

Veinte minutos más tarde, Lucas le abrió la puerta a Judith. La sonrisa con la que la recibió se transformó en un ceño fruncido al descubrir que llegaba llorando.



—¿Qué te pasa, amor? —le preguntó, abrazándola—. ¿No se supone que lo has aprobado todo?

—No puedo más —sollozó en el hombro de Lucas—. Llevo mucho tiempo aguantando sus frialdades, sus desaires, sus silencios, sus directas y sus indirectas.

Cerró la puerta y la llevó a su despacho. Se sentó a su lado, le limpió las lágrimas con la mano y le preguntó qué había pasado. Ella se lo contó, perdiendo la voz cuando le volvían las ganas de llorar. Él la consoló hasta que se calmó.

—¿Será que tu hermana te tiene envidia? —aventuró.

—¿Envidia de qué?

—Envidia de que estás conmigo.

—¿Crees que mi hermana está enamorada de ti?

—¡Dios me libre! —exclamó él, santiguándose—. No, no me refiero a eso. Quiero decir que puede tener envidia de que tengas novio y ella no.

—Ella no es una persona envidiosa. Además, si no tiene novio es porque no quiere. Hasta donde sé, ha tenido un par de hombres interesados en ella. Uno le envió un ramo de rosas al restaurante por su cumpleaños y lo tiró a la basura sin miramientos.

—¿Al hombre o el ramo?

Judith sonrió. Lucas se alegró de haberle devuelto la sonrisa.

—Tuvo hace unos años un novio —continuó ella—, pero no sé qué pasaría. Nunca lo conocí en persona ni tampoco me habló mucho de él. Una vez le pregunté cómo iba su relación. Como no me respondió, no volví a tocar el tema. Además, unos meses después de la muerte de mi padre, se volvió más seria y reservada. Dudo que sea envidia. ¿Tú no conocías de antes a mi hermana?

—¿Yo? No. La conocí un día que fui al Corinto a comer con Marcos, antes de poner la demanda, y ya me resultó una persona desagradable. Fue muy cortante y antipática. Pensé que sería así. En cualquier caso, no eran formas de tratar a un cliente.

—Qué raro, ella suele ser agradable con todos los clientes. ¿Cuándo fuiste tú al Corinto?

—Poco antes de poner la demanda. ¿Dónde estabas tú? Si te hubiera visto allí...

—¿No habrías puesto la demanda?

Él bajó la mirada y sacudió la cabeza.

—En realidad, no lo sé. —La miró y sonrió—. Pero seguro que no habrías sido tan arisca como tu hermana.

—Le he preguntado varias veces qué tiene contra ti, pero no me contesta. No sé qué le pasa.

—Hablaré con ella.

—No, mejor no. Ya te he dicho varias veces que prefiero que te mantengas al margen, cariño. Esto es algo entre mi hermana y yo.

—Pero a ti te hace sufrir y eso me afecta a mí. —Lucas la cogió de la mano—. ¿Acaso crees que me gusta verte llorar? ¿Saber que discutes con tu hermana por mi causa? Déjame hablar con ella. Tal vez así descubramos qué problema tiene conmigo.

—No, no quiero que te entrometas.

—¿Por qué no me dejas intentarlo? Puedes estar presente cuando hable con ella.

—¡Que no!

Aquello provocó una discusión entre los dos, su primera discusión, hasta que Lucas decidió ceder por el bien de ambos. No iba a permitir que el veneno de Ester perjudicase su noviazgo. A su pesar, respetaría la determinación de no hablar con su hermana. Su amor por Judith estaba por encima de sus propias ideas.

## Capítulo 13

Marcos y su novia, Noemí de la Casa Maya, tomaron una decisión original y valiente: casarse. La noticia no pilló por sorpresa a Lucas, que sospechaba que pronto darían el paso. Él y Judith fueron de los primeros en enterarse una noche que los cuatro estaban juntos en el *pub* irlandés de la Avenida Tocineta. Los felicitaron y escucharon qué día y a qué hora sería el feliz enlace.

—¿Y el banquete? —quiso saber Lucas.

—Tío, pensando en comer para variar —rio su amigo—. Aún no lo sabemos, tendremos que mirar sitios.

—A mí me gusta el Corinto —intervino Noemí, mirando con sus grandes ojos marrones a Judith.

—¿No hay más restaurantes en Bormuja ni en los alrededores que el Corinto? —se quejó Lucas.

—Si le gusta, ¿qué pasa? —replicó Judith, luego miró a los prometidos—. Tendría que consultar la agenda, pero me parece que ese día lo tenemos libre.

—Además, se puede ir andando desde la iglesia —observó Marcos—. Sí, lo veo una buena opción. A mí también me gusta.

Lucas miró a Judith y la cogió de la mano para decirle que quería que lo acompañase a la boda de su mejor amigo, no que trabajase ese día.

—Tanto si trabajo como si no, voy a estar allí —sonrió ella.

—Pero no conmigo. ¿Y qué pasa con tu hermana? ¿Se te ha olvidado que no me soporta? Imagínate el pastel cuando nos vea juntos.

—No montará un escándalo con tanta gente delante.

—Veo que mis alegaciones son rechazadas, aunque ya os advierto que, si nos intoxicamos, no os pienso representar.

—No te preocupes, tío. Si necesitas un abogado —Marcos se dio una palmada en el pecho—, aquí tienes uno.

Los tres se echaron a reír, excepto Lucas, que no estaba convencido. Judith propuso un brindis por los novios.

—Me habéis dado una alegría —comentó ella.

—Supongo que luego nos invitaréis a vuestra boda —dijo Marcos.

—¿Así que nos invitas por interés? —bromeó Lucas.

—¿Qué podías esperar de tu mejor amigo, tío?

\* \* \*

El día de la boda, Lucas se encargó de llevar en coche a su amigo hasta la iglesia. Poco después apareció Judith, ataviada con un vestido de fiesta verde, un chal a juego, el pelo liso y suelto, y se había maquillado, resaltando cada uno de sus rasgos.

Cuando concluyó la celebración, él llevó a los recién casados a unos jardines para que se hicieran fotos y, una hora más tarde, al Corinto. Lucas saludó a amigos, conocidos y a los padres de Marcos, pero buscaba con la mirada a su novia.

—¿Eres tú el novio de Judith? —le preguntó Lidia Lobo cuando pasó a su lado, portando una bandeja con canapés de salmón y anchoas.

—Sí. ¿Dónde está?

—Me ha pedido que te diga que la disculpes. El ayudante de cocina se ha cortado y ha tenido que ir a urgencias, así que ella está ayudando en cocina.

El abogado soltó un taco y le dio las gracias a la camarera. Cogió dos canapés y se alejó. No tardaron en pasar al salón.

Los camareros sirvieron los entrantes. Lucas vio a Ester, pero ella no lo vio a él. Por suerte para ella, no le había tocado servir la zona de mesas en las que estaba el abogado.

Después del primer plato, Lucas no podía contenerse más. Quería ver a Judith. Estaba sentado estratégicamente, mirando la puerta por la que salían y entraban los camareros, convencido de que por allí llegaría hasta la cocina.

Como el segundo plato no salía, decidió arriesgarse. Estudió la posición de Ester, se levantó y, con discreción, fue hasta la puerta que tanto tiempo llevaba estudiando. Entró, tras comprobar que nadie lo observaba, a un

pasillo con un mueble repleto de platos, copas y cubiertos. A su derecha había una puerta abatible, la atravesó y se encontró en la cocina. Tenía delante un mostrador, detrás del cual dos personas trabajaban con rapidez sirviendo comida en los platos.

—Ya mismo sale el segundo —lo informó uno, vestido con un uniforme de cocina blanco, que lo confundió con un camarero.

—No tengo prisa. —Lucas se apoyó en el mostrador—. ¿Y Judith?

—¿Qué? —El hombre levantó la cabeza y se fijó en su cara por primera vez—. Oiga, usted no es camarero.

—No, no lo soy. ¿Puede decirle a...?

—¡Largo de aquí!

Judith, que estaba al fondo y había escuchado el grito, miró en su dirección. Se acercó deprisa hasta él.

—¿Qué haces aquí, loco? —fue su saludo.

—Venir a verte.

Se dieron un beso rápido en los labios y él la contempló sonriendo. Nunca la había visto con el pelo recogido y oculto dentro de un gorro de tela blanco, y vestida con un pantalón negro, una camisa blanca y un delantal azul con dos manchas. Sus zapatos plateados se habían convertido en dos feos zuecos negros de cocinero.

—¿Qué tal todo, cariño? —quiso saber ella.

—Estupendo, pero te echo de menos.

—Lo siento. Tengo que echar una mano aquí.

—Me da rabia que no podamos estar juntos.

—A mí también. Me reuniré contigo después del postre.

—Si no, vendré a buscarte y te sacaré de aquí —sonrió él.

—¿Te ha visto mi hermana?

—No.

—Entonces vete antes de que entre.

Ella volvió a besarlo y regresó a su puesto. Lucas lamentó tener que marcharse, pero lo hizo.

Tras el corte de la tarta nupcial y los postres, los invitados salieron hacia otra sala acondicionada como discoteca para bailar. Lucas reprimió el impulso de regresar a la cocina y se unió a unos amigos. Estaba sentado en un taburete hablando con Abraham cuando alguien le tapó los ojos.

—Adivina —le susurró una voz al oído.

Él esbozó una sonrisa, le tomó las manos y liberó su visión. Se volvió y besó a Judith. El delantal y el gorro habían desaparecido.

—Voy a cambiarme y vengo —anunció ella.

—¿Te acuerdas de Abraham?

Judith saludó a aquel hombre grueso, de pelo castaño y cara cuadrada. Tras un escueto intercambio de palabras, ella repitió que iba a cambiarse.

Lucas le pidió que se olvidase de la ropa y bailasen juntos la canción que estaba sonando. Ella aceptó por complacerlo. Comenzaron a moverse al son de la música, acercándose al grupo que bailaba en el centro de la sala. Se dejaron llevar por la música, pero Judith no estaba tranquila y él lo notaba.

—¿Qué te ocurre, amor?

—Se me está haciendo muy larga esta canción. Quiero ir a cambiarme para dejar de hacer el ridículo con esta ropa que llevo y...

—¿Temes que nos vea tu hermana?

—También. No puedo estar segura de que no sepa que estás aquí.

—Sigo sin entender por qué le caigo tan mal. Si os hubiera clavado la indemnización, entendería que me detestase, pero no fue así. Pensé que tenía algo en contra de los abogados, pero a Marcos lo ha tratado bien.

—Quizás no sepa que es abogado. En fin, voy a ir cambiarme de una vez.

Abandonaron la pista cogidos de la mano.

—El día que nos casemos, amor, no celebraremos aquí el banquete —dijo él.

—Te quiero, cariño.

—Y yo.

Se dieron un beso y ella se fue. Entró corriendo en la zona privada de los empleados para recoger la bolsa con su ropa y se quedó sin aliento al ver a su hermana.

—Sé que está aquí —gruñó Ester—. Da gracias a que no lo he visto hasta el postre, si no, sí que hubiera contraído una salmonelosis de caballo y con razón. A lo mejor se hubiera ido al otro barrio y todo.

—¡Ester! —exclamó Judith, escandalizada.

—Ah, tengo una idea, voy a prepararle un Magnolia.

—Ni se te ocurra.

—¿Qué? Una salmonelosis es lo mínimo que se merece.

—Pero ¿por qué? ¿Qué tienes en contra de él? ¿Por qué no le das una oportunidad?

—¡Nunca, nunca, nunca!

—El novio de la boda también es abogado y lo has tratado bien, igual que a todos nuestros clientes.

—Eso no tiene nada que ver.

Judith cogió su bolsa con la ropa sin decirle nada más a su hermana.

—¿Por qué has traído a esa petulante cucaracha? —quiso saber Ester, mirándola con los ojos entrecerrados.

—Es la boda de su mejor amigo.

—¿Cómo? ¿Y ahora me lo dices? Me has engañado. Sabías que estaría esa mala sabandija y, aun así, lo has traído sin avisarme.

—No tenía nada que avisarte y no te he engañado. Te dije que dos amigos se iban a casar y que les gustaba el Corinto para celebrar el banquete. Marcos y Noemí también son mis amigos.

—Me has tendido una trampa. Pretendías estar con esa desgraciada alimaña en el banquete mientras yo os servía para reiros de mí.

—Te equivocas. Intenté que nuestra mesa no estuviera entre las que tú ibas a servir. Piensa lo que quieras, yo no lo he hecho con maldad.

Judith se fue antes de que su hermana pudiera replicarle.

Unos minutos después, salió del servicio con la apariencia de ser una invitada más de la fiesta. Buscó a Lucas y bailó con él, luchando por no pensar en Ester ni buscarla con la mirada.

—Mi hermana ya sabe que estás aquí —le comentó ella.

—Entonces deja de intentar localizarla y disfruta.

Marcos y Noemí se acercaron a ellos. Lamentaron que Judith se hubiera perdido el banquete, aunque la felicitaron por la comida y la atención recibida, y le dieron las gracias. Ella estaba contenta de haber aportado su grano de arena en aquel día tan especial para ellos.

Cuando concluyó la fiesta, los recién casados se retiraron. Un pequeño grupo de amigos propuso continuar en otro lugar y Lucas y Judith se unieron.

Era de madrugada cuando él la acompañó a casa. Poco antes de llegar a su calle, se detuvo y se quedó mirándola.

—Te quiero mucho, amor.

—Yo también a ti.

La abrazó y la besó.

—Hace ya tiempo que lo vengo pensando —continuó—. Quiero quererte hoy, mañana y el resto de mi vida. Ya no me basta con que seas mi

novia. ¿Querías ser mi esposa?

Ella abrió más los ojos.

—¿Estás seguro de lo que dices o es que la boda de Marcos te ha dado envidia?

—Estoy en plena posesión de mis facultades. No hablo llevado por un sentimiento, sino por una firme decisión. ¿Qué me dices tú?

Ella sonrió y asintió repetidas veces con la cabeza, presa de la emoción.

—Sí y mil veces sí. ¿Tú querías ser mi esposo?

—Sí y mil veces sí —contestó él antes de besarla—. ¿No te importa que no tenga anillo ni me haya puesto de rodillas?

—Lo que me importa eres tú. —Apoyó la cabeza en el pecho de Lucas—. A mí nunca me gustó eso de declararse de rodillas y, respecto al anillo, hay tiempo de comprarlo si quieres.

—¿Y cuándo te parece buena fecha? ¿El verano que viene?

—¿Me vas a hacer esperar tanto?

—Cuando tú quieras, amor.

Judith levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Y estás seguro de que me quieres aguantar durante las siguientes décadas?

—Sí. Tú me vas a tener que aguantar a mí también.

—Mira que, si me escoges a mí, renuncias al resto de mujeres del mundo.

—Soy consciente, pero sé que eres la única con la que quiero estar hasta el final.

—También estás renunciando a todas las pelirrojas, salvo a esta que tienes delante.

—A la que más quiero. —Y le dio un beso—. Tú has aceptado, así que también vas a renunciar a todos los hombres del mundo.

—Y me encanta porque solo te quiero a ti para el resto de mi vida.



## Capítulo 14

Judith abrió la puerta y lo hizo pasar a un recibidor rectangular que comunicaba con un pasillo. Le dio la bienvenida con una sonrisa mientras dejaba las llaves en un cesto de mimbre que había sobre una consola de madera.

Caminaron por el pasillo. Lucas asomó la cabeza a la derecha, a una habitación cuadrada con lo indispensable en una típica cocina. Enfrente estaba el dormitorio de Judith, con las paredes pintadas en color violeta y los muebles blancos. La siguiente puerta correspondía al cuarto de baño. Al lado, el dormitorio de Ester, cuya puerta estaba cerrada.

Al llegar al final del pasillo, entraron en la estancia más grande de la casa, que se dividía en dos zonas. Una, con dos sofás y una televisión; otra, a la derecha, con una mesa rectangular y un mueble bar. Junto al mueble había otra puerta, el que había sido el dormitorio de sus padres.

—He estado en este piso desde que nací, exceptuando mi estancia en la universidad —comentó ella, sentándose en el sofá y dejando la bolsa que llevaba a su lado—. Mis padres lo compraron cuando se casaron.

—No está mal. ¿Y si echamos a tu hermana y nos venimos a vivir aquí? —bromeó él, pero la mirada de Judith lo hizo entender que no le había hecho gracia—. Bien, lo retiro.

Él se sentó a su lado mientras ella sacaba de la bolsa un rotulador y una caja, de la que extrajo una tarjeta. Lucas la observó escribir el nombre de su hermana con el rotulador de tinta dorada.

Hacía tres meses que habían decidido casarse, pero Ester aún no lo sabía. Judith había preferido decírselo más adelante y quería hacerla conocedora de la noticia ahora que acababan de recoger las invitaciones.

La puerta principal se abrió, unas llaves tintinearon y unos tacones resonaron contra el suelo. Ellos se miraron, sabiendo que tendrían que unir

sus fuerzas contra la tormenta que estaba a punto de desatarse. Él le apretó la mano y le dijo que la quería.

Ester no tardó en llegar al salón, pero no pasó del umbral.

—¡Saca a ese mugriento cerdo roñoso de mi casa inmediatamente! —gritó.

—Cálmate —le pidió Judith—. No hay ningún cerdo.

—¡Pues deberías abrir los ojos! ¿Cómo te has atrevido a traerlo a MI casa?

—Esta casa es tan tuya como mía.

—Me dan ganas de pegarle fuego al piso para limpiarlo de todo lo que haya podido contaminar. ¿Desde cuándo lo traes sin mi consentimiento?

—Relájate, ven y siéntate con nosotros.

—¿Qué es lo que quieres?

—Darte esto —le contestó, ofreciéndole la invitación.

—¿Qué es eso? —quiso saber sin moverse del umbral.

—Es para ti. Cógela, por favor.

Su hermana avanzó lo mínimo para alcanzar la tarjeta blanca en la que se leía su nombre escrito con letras doradas. Al darle la vuelta y ver el dibujo de unos novios sobre los nombres de Judith y Lucas, dejó caer la invitación como si le hubiera soltado una descarga eléctrica.

—¿¿Cómo?! ¿Es que no te cansas de llevarme la contraria? No te molestes en invitarme a la boda. ¡Esto ya es el remate! Está visto que prefieres a ese asqueroso gusano antes que a tu propia hermana. ¡Estoy harta, Judith! ¡Harta! ¡Haz lo que te dé la gana! —Entrecerró los ojos y la apuntó con su largo índice—. Desde hoy estás muerta para mí. ¡No quiero volver a saber de ti! ¡Jamás! —Y salió del salón.

Judith tembló. Las palabras de su hermana le habían roto el alma, como si la hubiese atravesado un puñal.

—Pero... pero... Ester —tartamudeó al borde de las lágrimas.

Sin pensárselo, Lucas se levantó para seguir a Ester.

—¿Cómo le dices eso a tu hermana? —le preguntó con seriedad.

—¿Tú? —Ella, que había llegado a la puerta del baño, se volvió y lo miró de arriba abajo con desprecio—. Tú, el culpable de todo, ¿me dices cómo tengo que hablarle a mi hermana? A ella la habrás embrujado, pero a mí no me engañas. Sé qué arrogante víbora se esconde bajo ese rostro atractivo y esa imagen de triunfador.

—Me da igual lo que pienses de mí o lo que me digas. Yo sí que estoy harto de que hagas sufrir a tu hermana y de tener que callarme. Acabas de pasarte catorce pueblos. ¿Cómo le dices que la das por muerta? A mí no me mires, no me hables, escúpeme, insúltame si quieres, pero no arrastres con ello a Judith. Has estado haciéndole la vida imposible. ¿Qué clase de hermana eres?

—¡Cierra la boca! —chilló, apretando los puños—. ¡Quería protegerla de ti, malnacido! ¡Arrancarla de tu lado para que no le hicieras daño!

—Tus métodos son poco efectivos. Si pusiéramos en una balanza quien le ha hecho más daño en todo este tiempo, saldrías perdiendo.

—¡Quería presionarla para que te dejara! No podía soportar la idea de que mi querida hermana fuera la novia del hombre al que más odio.

—¿Qué? —murmuró Judith que estaba detrás de él.

—Sí, hermana. Nunca te lo he dicho explícitamente, pero ¡odio a Lucas de la Blanca Escalera! ¡Lo odio! Lo tengo delante y me dan ganas de sacarle los ojos, arrancarle la piel a tiras, retorcerle el cuello hasta desatornillarle la cabeza...

—¿Y qué te he hecho para que me odies de esa manera? —quiso saber Lucas, perplejo ante tanta animadversión.

—¿Que qué me has hecho? —Ester soltó una risa irónica—. Arrebatarle a quien más quería en el mundo.

—¿A tu hermana? —aventuró él.

—¡No, cabestro! A Simón.

—¿Simón?

Lucas seguía tan perdido como antes, pero un leve destello brilló en la memoria de Judith. Simón. El nombre del novio que había tenido Ester.

—Tú tal vez te acuerdes de él —dijo Ester, mirando a su hermana.

Lo había mantenido alejado de la familia, aunque en una ocasión le había enseñado una foto a su hermana.

—Esta pulga rastrera causó su muerte —continuó Ester—. Representó al demandante y, no contento con el acuerdo, lo llevó a juicio y...

—¿Y eso lo mató?

—¡No te hagas ahora el inocente, montón de basura! ¿No te acuerdas de Simón Tenedor Duro? Era médico y un error le costó la vida... ¡por tu culpa! ¡Te odio!

Ester se limpió con el dorso de la mano las lágrimas que habían comenzado a brotarle y entró en el baño, cerrando la puerta bruscamente.

Lucas miró a Judith en busca de una explicación.

—¿Qué es lo que he hecho?

—No es lo que has hecho, cariño, sino lo que hiciste. —Ella suspiró—. Tampoco entiendo bien qué ocurrió, pero eso explica por qué te detesta tanto.

—No me detesta, me odia, y sigo sin saber el motivo.

—Hará unos diez años, Ester se enamoró de un hombre y...

—Hace diez años yo estaba acabando la carrera —la interrumpió él—. ¿Qué pinto en los amores de tu hermana?

—No lo sé. ¿No recuerdas algún juicio con un médico?

Simón Tenedor Duro. Médico. El doctor Tenedor Duro.

—Una negligencia —murmuró Lucas, que comenzaba a recordar.

El caso surgió en su memoria como la brisa por una ventana abierta.

*El despacho todavía olía a muebles nuevos y a pintura. Lucas y Marcos estaban consiguiendo sus primeros casos como abogados por cuenta propia.*

*Una mañana apareció un posible cliente que primero había hablado por teléfono con Lucas. Se llamaba Joel Palomo Valiente. Era un hombre de pelo largo y negro, ojos pequeños y boca grande. Se sentó en una de las sillas que había frente a la mesa del abogado. Este lo animó a que le contara con detalle el asunto que lo había llevado hasta él.*

*—Han cometido una grave negligencia médica conmigo —explicó el hombre—. Hará unos dos años fui al urólogo, el doctor Tenedor Duro, porque tenía dificultades para orinar. Me examinó y diagnosticó que tenía unas costras anormales en la uretra, de modo que decidió resolverlo con un procedimiento quirúrgico llamado uretrotomía.*

*«Eso no suena muy bien», pensó el abogado.*

*—Me quitaron el tejido con costras, pero a los cuatro meses regresé a la consulta porque las costras habían reaparecido. Así que me puso un estent.*

*—¿Un qué?*

*—Estent. Es una especie de muelle para que la uretra se quede abierta. Sin embargo, más tarde supe que eso se utiliza en hombres más mayores para que puedan mantener relaciones sexuales. Yo tengo cuarenta y un años.*

*Lucas escuchaba al señor Palomo con la espalda recta en su silla, los brazos apoyados en los muslos y las manos entrelazadas, pero a medida*

*que avanzaba la historia deslizó una mano hasta sus partes íntimas, como si sintiera en su carne lo que le estaba contando.*

*—El estent no funcionó, así que el muy burro decidió quitarlo y colocar dos más. Yo me dejé hacer porque no sabía nada y confiaba en él, pero ahora conozco bien de qué va el asunto. Como el estent está pensado para ser permanente, se habían formado capas de piel por encima del muelle.*

*El hombre hablaba cada vez más rápido, parecía que tuviera prisa por terminar.*

*—Lo quitó y se cargó la piel que se había formado. No dejó que mi uretra sanara, provocándome una destrucción completa. El dolor era insoportable, ¿se lo puede imaginar?*

*Lucas empezó a sentir flojera. Dejó la mano en el mismo sitio y cruzó las piernas, haciendo un esfuerzo para que su cara permaneciera seria e inmutable.*

*—Colocó los dos estents, pero no dio resultado. Pensé que me moría del dolor.*

*El abogado ya se hacía una idea. Juntó más los muslos.*

*—Finalmente, consulté con otros especialistas que me aconsejaron una cirugía reconstructora. Tuvieron que realizarme dos intervenciones para quitar los estents, en el periodo de un año. Mientras tanto, tuvieron que abrirme una vía alternativa entre el escroto y el ano para poder orinar. ¡Fue horrible!*

*Lucas asintió, compadecido.*

*—Los especialistas que me atendieron se quedaron escandalizados ante lo que me había hecho el doctor Tenedor. Por eso, quiero demandarlo y llevarlo a juicio.*

*—Cuenta conmigo. Los daños ocasionados son numerosos, merece una indemnización cuantiosa.*

*—El dinero no cambiará lo ocurrido, pero al menos que ese carnicero pague de algún modo. De hecho, mi mujer estuvo a punto de dejarme porque no podía mantener relaciones con ella.*

*—Lo añadiremos a los daños morales.*

*—Los urólogos que me operaron son los doctores Caballero Aragonés y Vicioso Guerrero. Seguro que estarán dispuestos a testificar.*

*—Estupendo.*

*Después de recordar el caso, Lucas se lo contó a Judith.*

—Sí, gané el caso —concluyó—. El juez nos dio la razón. Por muy novio de tu hermana que fuese, cometió una salvajada contra aquel paciente. Es cierto que la abogada del médico quiso un acuerdo para evitar el juicio, pero mi cliente no lo aceptó y yo tampoco, sabía que podíamos obtener más siguiendo adelante. Por la prensa, supe que el hospital despidió al médico tras la sentencia. Por cierto, era bastante mayor que tu hermana. Tendría cerca de sesenta años.

—¿Qué dices?

—Si te enseñó una foto, sería antigua. ¿Era en blanco y negro?

—¿Y cuándo fue eso?

—Me parece que hace siete u ocho años. Fue mi primer caso mediático, aunque había olvidado el nombre del urólogo.

Judith frunció el ceño.

—Mi padre murió hace ocho años. ¡Ahora lo entiendo! —exclamó, dándose una palmada en la frente—. Ester no cambió por la muerte de papá, sino por la de Simón. ¿No recuerdas nada más?

—No mucho más.

Judith pegó la oreja a la puerta del baño, Ester estaba llorando. Moviéndose lentamente el picaporte, entró sin hacer ruido y se acercó a su hermana, que estaba sentada sobre el inodoro. Esta le gritó que se fuera.

—Ester —Judith le acarició el hombro—, ¿por qué no me lo dijiste antes? No detestas a Lucas por ser abogado...

—Si fuera fontanero, tal vez no lo odiaría —sollozó.

—Él ha recordado el caso, yo no tenía ni idea. Nunca me contaste nada. ¿Qué pasó, Ester? ¿Por qué culpas a Lucas?

—Porque nadie aceptó a Simón en ningún hospital después de aquel escándalo. Pensó en montar una clínica por cuenta propia, pero apenas le quedó dinero para invertir después de la indemnización, así que decidió marcharse de Bormuja para empezar desde cero en algún otro lugar donde no lo conocieran. No quiso que lo acompañara. Dijo que volvería a por mí, pero nunca lo hizo. El día que se marchó tuvo un accidente con el coche y murió.

—¿Acaso yo conducía? —replicó Lucas desde la puerta donde estaba escuchando la conversación, apoyado en la jamba.

—¡No, pero tú arruinaste su carrera y su reputación! Si no lo hubieras llevado a juicio..., seguiría vivo y nos habríamos casado. La demanda interrumpió nuestros planes de boda. Desde entonces, he rehusado volver a

enamorarme. ¡Me arrebataste a quien más quería en el mundo! Y años después surges de nuevo para destruir el negocio de mi difunto padre y, no contento con eso, seduces a mi hermana y pretendes casarte con ella. ¿Por qué no dejas de hacerme daño, bastardo nauseabundo?

—¿Cómo es eso de que te ibas a casar? —preguntó Judith, sorprendida.

—Lo has oído bien. Él había insistido en mantener nuestra relación con discreción debido a la diferencia de edad, pero un día cedió a mi deseo de dejar de ocultarnos y me pidió que nos casáramos. Papá acababa de morir y no me pareció adecuado contárselo aún. No obstante, una semana después llegó la demanda que lo arruinó todo.

—Ese odio y ese rencor te han destrozado, hermana, y nos han hecho mucho daño a las dos.

—Si lo hubieses dejado desde el principio como te dije —sollozó—, nos habríamos ahorrado muchas lágrimas. ¿Cómo te fijaste en ese letrado mezquino?

—Entiendo que todavía te duela Simón, pero culpar a Lucas no soluciona nada. Al contrario, mira el resultado.

—Fue culpa suya, llevó a mi amado Simón a la muerte.

—Siento lo que le pasó, pero reconoce que tu novio metió la pata hasta el fondo —contestó Lucas—. Yo solo traté que recompensara debidamente a mi cliente.

—Pero no merecía pagar ese error con su vida. ¡Tú lo arruinaste! —exclamó Ester con un hilo de voz antes de echarse a llorar de nuevo.

Su hermana la abrazó tratando de consolarla, consciente de todo lo que había sufrido, y lamentó no haber conocido hasta entonces el motivo por el que rechazaba tanto al abogado. Ester se separó, la miró a través de las lágrimas y le preguntó si seguía dispuesta a casarse.

Judith asintió.

—No iré a tu boda —le advirtió Ester.

—Me haría mucha ilusión que estuvieras allí, pero no puedo obligarte.

—No quiero, no puedo. Verlo me revuelve las tripas.

—Tirar a la basura ese odio te hará mucho bien —le aconsejó Judith—. Él no tuvo la culpa del accidente, recuerda eso.

—¡Lárgate!

Judith se encogió de hombros y fue hasta la puerta. Iba a salir, pero se giró y habló.

—Supongo que tú querías a Simón igual que yo quiero a Lucas. ¿Cómo te hubieras sentido si me hubiera opuesto a vuestra relación?

—Creo que me hubiera dado igual.

—¿Cuántos años te sacaba?

—Veintitrés.

Judith abandonó el baño en silencio, cerrando la puerta tras de sí.

\* \* \*

Aquella tarde ambas trabajaron en el restaurante como de costumbre, aunque Ester evitaba encontrarse con su hermana hasta que se le acercó para decirle que se marchaba a casa.

Judith supuso que no se encontraba bien, así que le dijo que ella se encargaría y que podía marcharse sin preocuparse de nada. Sin saber por qué, sintió el impulso de darle un abrazo antes de que se alejase. Ester se quedó inmóvil, sorprendida y sin responder.

—A pesar de todo, eres mi hermana y te quiero —le dijo Judith.

Su hermana se limitó a asentir y se marchó.

Cuando Judith regresó al piso, lo encontró todo apagado y en silencio. Pensó que su hermana estaría durmiendo, de modo que no la quiso molestar y se preparó para irse a la cama.

Al día siguiente, la extrañó no escuchar los habituales ruidos matutinos de Ester. Llamó a la puerta del dormitorio sin obtener respuesta. Abrió lentamente y vio la habitación desierta. ¿Dónde estaría?

En la cocina encontró una cuartilla doblada, pegada con un imán en el frigorífico. Cogió el papel con el corazón acelerado, temiendo que su hermana hubiera dejado una nota de suicidio.

*Judith:*

*Cásate con ese hombre si es lo que deseas. No te preocupes por mí, estaré bien, o eso espero. Necesito tiempo. Estar lejos de ti, del piso, del Corinto, de Bormuja...*

*Sigue con el restaurante en mi ausencia o ciérralo. Lo dejo en tu mano. Ahora tengo otra prioridad.*

*Ester*

*P. D.: No me llames ni me busques. Volveré si puedo. Sé feliz.*



Judith leyó la nota varias veces tratando de comprender todo su significado. Regresó a la habitación de su hermana, miró debajo de la cama. Faltaba la maleta grande de viaje. Abrió el armario y comprobó que se había llevado bastante ropa. Numerosas preguntas se agolparon en su mente, aunque las respuestas estaban demasiado lejos.

## Capítulo 15

Una lluviosa mañana de abril, Lucas y Judith se casaron en la catedral de Bormuja, rodeados de familiares y amigos. La madre de la novia estaba entre los invitados, incluso el hermano de Lucas había volado desde Australia junto a su mujer y su hijo de seis años para asistir a la boda.

Judith echaba mucho de menos a su hermana. No había vuelto a saber de ella desde aquel día en el que reveló por qué odiaba a Lucas, excepto un breve mensaje por Navidad.

El Corinto aún estaba abierto. Ella decidió seguir a su cargo hasta que su hermana volviese. Sin embargo, aquel día estaba cerrado porque ella y los empleados tenían el día ocupado.

Todos aplaudieron a los recién casados cuando entraron en el salón. Lucas y Judith estaban saludando a los invitados cuando una mujer, vestida de rosa con una gran pamelita sobre la cabeza, se acercó a ellos para darles la enhorabuena.

Judith se llevó las manos a la boca para ahogar una exclamación y abrazó con fuerza a su hermana, que le devolvió el abrazo con el mismo entusiasmo. Cientos de ojos estaban sobre ellas. Lucas sonrió con satisfacción.

El abrazo se prolongó tanto que algunos comenzaron a preguntarse si no habría pegamento en el vestido de la novia. Cuando se separaron, las dos lloraban.

—Vas a arruinarte el maquillaje, hermana —la advirtió Ester—. Estás guapísima.

—Me alegro muchísimo de verte. He estado tan preocupada por ti.

Noemí ofreció un pañuelo a cada una para que se limpiasen las lágrimas.

—Os tengo que pedir perdón —comenzó a decir Ester, mirando a su hermana y a su marido.

Marcos se acercó hasta su amigo y le susurró algo al oído. Lucas se dio cuenta de que eran el centro de atención y sugirió que fueran a un lugar más privado. Él mismo les abrió paso entre los invitados hasta un sitio apartado, lejos de curiosos, y estaba dispuesto a dejarlas solas cuando Ester lo agarró del brazo y le pidió que se quedase.

Por primera vez, Ester lo miró sin sentir aquella punzada de odio que siempre la atizaba cuando lo veía o escuchaba su nombre.

—Quiero pedirlos perdón. Especialmente a ti, Judith, por el daño que te he hecho.

—Estás perdonada. —Su hermana le puso una mano en el hombro—. Que estés aquí significa tanto para mí..., para los dos.

—Romper con el pasado me ha costado muchísimo —reconoció Ester.

—¿Dónde has estado?

—Curándome. No me sentía bien, no encontraba paz. Te había estado tratando fatal, pagando contigo mi enemistad hacia Lucas de la Blanca Escalera. Querías lograr tu sueño y no podía alegrarme por ti, mi hermana pequeña. Te ibas a casar y prefería verte muerta. Aquel día llegó la gota que colmó el vaso. Hablaros de Simón y sacar lo que llevaba tragándome tanto tiempo me ayudó a saber que necesitaba curarme de ese rencor, de ese odio. —Suspiró—. Me instalé en un pueblo buscando tranquilidad, ordenar mis pensamientos, mis sentimientos. También busqué ayuda profesional. Me puse en manos de una psicóloga, pero sentía que no era suficiente. Gracias a Dios, conocí a las monjas.

—¿Monjas? —repitió Judith con curiosidad.

—En el pueblo había un convento. Lo descubrí una tarde mientras paseaba. Vendían dulces artesanos y, como soy una golosa, entré a comprar. Charlé con una de las hermanas. Era una anciana muy simpática que me trató como si fuera de su familia, aunque lo que más me gustó fue la paz que me transmitió. Así que regresé otro día, luego otro y otro.

—Y dejaste a las pobres hermanas sin dulces. Eso explica que hayas vuelto con unos kilos de más —bromeó Judith, dándole una palmada cariñosa en el estómago.

Ester se rio.

—También, pero ellas me brindaron la mejor ayuda. Me acercaron al mejor médico de almas que existe. Sin Él no habría podido perdonar ni encontrar la paz.

Judith sonrió, comprendía de quién hablaba su hermana e, inconscientemente, acarició la cruz que le colgaba del cuello sobre el encaje del vestido.

—¿Y cómo sabías la fecha de la boda? —quiso saber, ya que la invitación de Ester todavía estaba en su casa.

—Cuando comencé a estar mejor, decidí venir. ¿Cómo me iba a perder la boda de mi hermana? Me puse en contacto con Lidia para que me informase. Obviamente, le pedí que lo mantuviera en secreto. No veas cómo me he emocionado cuando os habéis dado el sí, quiero.

—Me alegro tanto de que estés aquí. —Judith volvió a abrazar a su hermana.

—Yo también. Si hubiera alguna forma de compensarte, de compensaros.

—Siéntate con nosotros, cuñada —le pidió Lucas.

Ester le sonrió agradecida y abrió los brazos para que se dieran un abrazo.

—Como hagas infeliz a mi hermana, te castraré —le susurró al oído antes de concluir el abrazo.

Bajo numerosas miradas curiosas, Ester tomó asiento entre su hermana y su madre en la mesa de los novios. El sacerdote que había oficiado la celebración bendijo la mesa y, antes de comenzar a comer, brindaron junto al resto de invitados.

—Mamá está muy desmejorada —le comentó Ester a su hermana mientras dejaba la copa en la mesa.

—Eso lo dices porque llevas mucho sin verla. Está guapísima. Ha ido a la peluquería y todo.

—Será eso. Allí están los empleados del Corinto —notó Ester, saludándolos con la mano al percibir que la miraban—. ¿Les diste alguna explicación sobre mi partida?

—Que te habías tomado unas vacaciones.

—Les habrá sorprendido que hayan sido de varios meses. ¿Y ya ejerces de trabajadora social?

—Aún no. Tengo que preparar el proyecto final. Lo empezaré después de la luna de miel. Nos iremos a las Fye. Por cierto, ya está todo planeado. Hemos colado en la cocina carne contaminada con salmonela para luego demandar al salón y que nos pague el viaje.

Ester la miró con horror y le preguntó si hablaba en serio. Judith se echó a reír y le dijo que era una broma, que podía comer con tranquilidad.

—¿Y dónde vais a vivir? —quiso saber.

—Hemos alquilado un ático muy bonito frente a mi despacho —intervino Lucas—. Estuvo un tiempo a la venta, pero como nadie lo compraba, lo alquilaron y hace unos meses se quedó desocupado.

—Iré a haceros una visita alguna vez.

—Serás bienvenida —le sonrió él.

—¿Es siempre así de amable o me está haciendo la pelota? —preguntó Ester en el oído de su hermana mientras respondía a la sonrisa de Lucas.

—Tendrás que conocerlo para saberlo —respondió su hermana—. Es un gran paso que estés aquí.

—Lo sé. —Ester sonrió—. ¿Quién me iba a decir a mí que Lucas de la Blanca Escalera se convertiría en mi cuñado?

—¿Y quién me iba a decir a mí que el desagradecido al que le recogí una moneda se convertiría en mi marido?

—Benditos diez céntimos —replicó Lucas.

Los tres se echaron a reír mientras los camareros comenzaban a servir los entrantes. El milagro había acontecido y Judith sabía que aquel sería uno de los días más felices de su vida.

Sigue a la autora en:

[mccucharero.com](http://mccucharero.com)

[www.instagram.com/mccucharero/](https://www.instagram.com/mccucharero/)

[www.facebook.com/mccucharero/](https://www.facebook.com/mccucharero/)